



**Tomás González**

Primero estaba el mar

Lectulandia

Definido por la crítica más exigente como el secreto mejor guardado de la literatura colombiana, Tomás González logra con esta, su primera novela, vencer el prejuicio de que la literatura colombiana es o realismo mágico o sicarios y narcotraficantes. El título proviene de un célebre poema de la mitología Kogui (una cultura precolombina) donde se afirma la existencia de un mar mitológico, que es el origen de todo.

La novela se desplaza hacia aquel mar del caribe colombiano, un mar que a medida que avanza la novela se va tornando hostil, negándose a representar el paraíso utópico en que la pareja protagonista lo ha querido convertir. La naturaleza siempre vence al ser humano en la obra de este magnífico maestro de la concisión literaria. Finalmente la novela es una metáfora narrada con absoluta sobriedad, con estoicismo incluso, que muestra la vida como un árbol frente al mar.

**Lectulandia**

Tomás González

# **Primero estaba el mar**

ePub r1.0

Titivillus 03.04.16

Título original: *Primero estaba el mar*  
Tomás González, 1983

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro.*

*No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas.*

*El mar estaba en todas partes.*

*El mar era la madre.*

*La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna.*

*Ella era el espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria.*

Cosmología Kogui

# 1

El equipaje iba arriba, en el techo del bus. Eran dos maletas de cuero con la ropa de ambos, un baúl cuadrado con los libros de él, y la máquina de coser de ella. Todo viajaba entre racimos de plátano, bultos de arroz, paquetes grandes con panelas — envueltos en hojas secas de plátano— y otras maletas.

Elena y J. iban para el mar.

Pararon en pueblos polvorientos. Elena y J. se bajaban del bus, entumecidos, e iban a tomar café en establecimientos que olían a orinal; individuos ventrudos se sentaban allí a inundar sus infinitas tripas con el color dorado de la cerveza. Pararon en estaciones de servicio desapacibles y sucias en cuyos rincones había filtros desechados y latas de aceite vacías. El bus echaba gasolina y tomaba la carretera de nuevo. Durante el día recogía gente que entraba cargando gallinas aturcidas; por la noche, individuos manivacios se subían en sitios despoblados y oscuros, y se bajaban, veinte o treinta kilómetros más allá, en sitios también despoblados y oscuros. Eran silenciosos, llevaban machete en la cintura y un sombrero sucio y viejo en la cabeza.

Cuando el bus llegó al puerto, el mar no apareció magnífico y azul. Aquel era un puerto sobre una bahía que más parecía un canal, y aquel canal era sucio, medía tres kilómetros y desembocaba en el mar. A las cuatro de la tarde el bus entró a la plaza. No se veía el agua por ninguna parte, aunque se sentía el olor del salitre mezclado con el hedor de aguas negras. En el centro de la plaza había unos almendros grandes, sobrevolados por miríadas de golondrinas. Alrededor de los árboles, sentada en los espaldares de las bancas, había gente conversando. Las bancas eran de granito y parecían erosionadas por debajo. En los quioscos, bajo los árboles, se vendían jugos de frutas; papayas abiertas, rodeadas de moscas, mostraban vientres repletos de semillas; frascos grandes contenían la carne de los mangos partida en cubitos, lista para ser puesta en las licuadoras.

Rodeando el marco central de la plaza estaban los jeeps. Los había nuevos, pero en su mayoría eran harapientos Willys a medio comer por el salitre, así como desvencijados Gaz o Carpati. Los nuevos tenían cabinas metálicas y podían ostentar ventiladores de aspas plásticas, rojas o azules, sobre el tablero; los otros llevaban un santo sucio y descolorido al lado del timón y, encima de todo, una carpa remendada y también descolorida.

Las calles del parque, polvorientas ahora, se pondrían pantanosas cuando llegaran las lluvias. Había mucho tráfico: vehículos agobiados de bultos entraban a la plaza, jeeps arracimados de gente salían de la plaza. Entraban buses pintados de colores intensos que llevaban en el techo manotadas de gallinas vivas, multicolores baúles de lata y racimos de plátano.

Las edificaciones de la plaza, en su mayoría graneros y cantinas, eran cuadradas, de cemento y ladrillo, con techos de tejas de zinc o de fibrocemento. Carecían por completo de gracia y de adornos, y tenían las paredes sucias. La gente que

hormigueaba en la plaza era fea. Los blancos, comerciantes barrigones y lenguaraces, mostraban un tono amarillento en la piel; a los negros, criados lejos de las playas donde el pescado era asequible, se les comenzaban a podrir las dentaduras precozmente.

—Encargate de la bajada de las cosas mientras miro cómo es la movida de la lancha —dijo él.

—Listo —dijo Elena—. ¡Pilas con lo de nosotros, hermano! —le gritó al ayudante.

La máquina de coser, único mueble que conservaba de su primer matrimonio, había viajado casi veinte horas en el techo del bus. La caja de madera que contenía el mecanismo estaba protegida por cartones asegurados con cinta adhesiva y piola; las patas y el pedal venían desnudos.

Todo se fue a tierra sordamente.

Al principio Elena insultó al ayudante de manera atropellada y confusa, luego empezó a insultarlo con calma, colocando las palabrotas con suavidad venenosa.

—Fue sin culpa, seño —dijo el ayudante, sin más.

## 2

J. salió del parque y se internó por calles polvorientas. Caminó algunas cuerdas, las casas de material desaparecieron y ahora se veían construcciones de madera montadas sobre pilares cortos, bajo los que había cerdos, niños y gallinas. Llegó al muelle. Allí estaba el agua. Sin embargo, era agua quieta, a no ser por una lenta ondulación aceitosa. No había ni una sola gaviota, ni un solo alcatraz, ni nada que recordara el mar. Amarradas a muelles pequeños de madera, a la vez carcomidos e hídricos, verdes de lama en las franjas directamente tocadas por el agua, inflados por la humedad en las partes que cubría la marea alta, retostados y astillados por el sol en las plataformas, estaban las lanchas. Eran largas y estrechas, estaban pintadas con colores vivos —o que alguna vez lo fueron— y se veían agobiadas por motores grandes fuera de borda. En algunas, negros vestidos con sólo un bluyín recortado se ocupaban del intestino de sus motores, con expresión de infinita importancia en la cara, mientras sudaban copiosamente.

—¿Usted es el dueño de la lancha? —preguntó J. a uno de ellos.

—Es mía, pero está rota —dijo el negro sin levantar la cabeza.

—¿Con quién podemos hablar para que nos lleve a Severá?

El otro no contestó inmediatamente, sino que continuó manipulando la panza del motor.

—¿Cuántos son? —preguntó al fin.

—Dos.

—¿Cuánto equipaje llevan?

—Un baúl pesado, dos maletas y una máquina de coser —dijo J.

Otros tres lancheros se acercaron.

—¿Para dónde van?

—Para una finca.

—¿Cuánto equipaje llevan?

—Un baúl y otras vainas —dijo J. con desgano. Sabía que ya habían oído la conversación con el del motor.

Cuando otro lanchero vino y preguntó que cuántos eran, J. comenzó a exasperarse. Entonces el de la lancha rota trepó con agilidad al muelle y se acercó.

—Julito los lleva —dijo.

—¡Julito! —exclamaron los otros.

—Vamos —dijo con sequedad el del motor.

J. lo miró caminar, adelante, por entre las calles polvorientas. Después de tres cuerdas salieron a la plaza de mercado, que era una edificación grande, con techos de tejas de fibrocemento. A un lado de la plaza había un camión cargando pescado seco; el chofer, recostado contra una pared, miraba el proceso con displicencia. Los vidrios del camión llevaban calcomanías multicolores de mujeres en vestido de baño, con sombreros texanos.



—¿Cuánto nos puede valer el expreso? —preguntó J. mientras se internaban en la plaza de mercado, caminando ahora sobre tablas tendidas en el suelo.

A ambos lados del corredor de tablas estaban los puestos de grano. A cada momento J. debía salirse del estrecho camino para darles paso a los hombres que, sobre una bayetilla roja, llevaban bultos al hombro.

—Depende.

—¿Depende de qué? —preguntó J.

—De Julito —dijo el negro.

Después de pasar por los puestos de grano llegaron a las fritanguerías. Mujeres grandes y sudorosas dejaban caer gruesos troncos de pescado a pailas descomunales. El pescado ya frito era colocado en bandejas de madera, que servían también de mostrador. Allí las postas empezaban a enfriarse, tomando cierto aspecto mineral, mientras anchos medallones de plátano frito les caían al lado. J. tenía hambre y pensó en la comilona de pescado y patacón que se darían después de arreglar lo de la lancha.

Finalmente, ya casi al terminarse las fritanguerías, vio cómo el negro se metía en uno de los puestos. Cuando llegó, lo vio sentado al fondo. Al frente, una gorda de apariencia malgeniada cortaba con un cuchillo enorme la punta de unos plátanos verdes. El lancharo conversaba con un individuo pequeño, también negro, en una de las mesas que servían de comedor. En total había cinco mesas largas, rodeadas por bancas también largas, todo pintado de verde claro. Además del lancharo y del hombre pequeño —Julito, seguramente— no había más cliente que un anciano tomándose un caldo de papa con menudencias.

Era Julito, porque J. llegó a la mesa y el individuo aquel se levantó con mucha solemnidad:

—Julio Alberto Gutiérrez —dijo, extendiéndole la mano—, un servidor y amigo.

Era menudo y fibroso, de unos cuarenta años y ojos claros. Cuando pidió una copa a la gorda, J. dedujo, por el tono, que era dueño del puesto y posiblemente esposo o concubino de la mujer. Le ofreció un aguardiente monstruoso, que J. aceptó.

—Me decía el compae Jesús que ustedes necesitaban un expreso —dijo.

—Permiso señores —dijo el compae Jesús, retirándose. Al salir preguntó a la mujer sobre la salud de un familiar y ella contestó que seguía igual. «Malo, malo», dijo el compae Jesús.

—Vamos para una finca en Severá —dijo J.

—¿Y cuántos son?

J. dijo que dos y mencionó el baúl, las maletas y la máquina.

—Salud —dijo entonces Julito, bebiéndose su copada de aguardiente.

J. se tomó la mitad de la suya.

Julito estaba borracho. Con mucho orgullo y muchas palabras le hizo saber que tenía tres lanchas y que el puesto de fritanga era suyo; que además de la gorda —ahora dedicada a aplastar troncos de plátano con una piedra— tenía otras tres

mujeres; que estaba borracho, pero era un caballero, y que J. era asimismo un caballero. Volvió a llenar las copas sin esperar a que J. se tomara lo que le había quedado del anterior brindis. Alzó su enorme trago, dijo «¡salud!» y se lo bebió completo. Entonces volvió a contar su vida: aseguró que seis años atrás no tenía un peso y vivía en un moridero, mientras ahora tenía tres lanchas, casa, cuatro mujeres y puesto de fritanga.

—¿Y cuánto puede valernos el expreso? —preguntó J., en guardia cuando sintió que Julito comenzaba a repetirse.

—¿Para salir cuándo?

—Para antier.

—Ya hoy no podemos salir, está tarde. Si quiere salimos mañana temprano.

—Listo —dijo J.

Inicialmente pidió trescientos pesos. Después de un corto regateo, J. logró que lo hiciera por doscientos cincuenta. Acordaron la hora y se tomaron otro trago. Cuando J. se despidió, Julito se levantó tambaleante y lo abrazó.

### 3

La máquina de coser se había dañado. Elena, después de insultar al ayudante, fue a quejarse a la oficina, donde la atendió de mala gana un tipo crapuloso que opinó que esas cosas le podían pasar a cualquiera. Ella se enfureció aún más y dijo que la empresa era una mierda. El hombre —que en realidad no era tan crápula como poco importante— le dijo:

—Es una mierda, se lo digo yo.

Ella amenazó con quejarse en las oficinas principales de Medellín.

—Allá son todavía más mierdas que aquí, seño —opinó el otro.

—Se van a acordar de mí, hijueputas —dijo Elena saliendo.

—Seguro, seño, seguro.

Cuando J. regresó al parque, venía ya con el aguardiente flotándole en los huesos. Antes de volver había entrado a una cantina, donde se tomó uno doble, pasándolo con soda.

Elena, trigueña, no muy alta, de minifalda blanca, estaba parada al lado del equipaje.

—Quehabido —dijo él.

Ella achicó los ojos. Sin mirarlo, contó lo de la Singer desplomada. Sus dientes relampagueaban, afilados y blancos.

—Que lo hago echar, lo hago echar —dijo.

J., con el aguardiente titilándole en los ojos, tomó la barbilla de Elena entre el pulgar y el índice, se inclinó, la rozó en la mejilla con su barba, le dijo algo para calmarla y le besó la oreja.

Ella contuvo la rabia y preguntó por la lancha; lo de la máquina era una ofensa personal que ya sabría resolver.

—Listo —dijo él—. Salimos mañana a las seis.

Había que buscar hotel. A uno de los carretilleros que pululaban alrededor de los buses le preguntaron por uno.

—El mejor —dijo ella.

—Bueno, mejor mejor, no hay. Si quieren los llevo al Internacional.

Tenía una bayetilla roja amarrada en la frente, no usaba camisa y su espalda color de chocolate estaba llena de sudor. Empezó a cargar las cosas en la carretilla.

—Ojo con la máquina, hermano —dijo Elena.

El hotel era caliente y oscuro. Una gorda grande estaba frente al escritorio. De sus brazos la carne colgaba flácida y sus senos escotados formaban al juntarse un profundo surco. Sobre el escritorio había una campanilla minúscula y el libro con las firmas. Del techo pendía un ventilador enorme que giraba lentamente. Todo olía a orines de gato, pero no se veían gatos por ninguna parte. Frente a la gorda había un ventilador pequeño, de plástico, que ronroneaba directamente hacia sus pechos amarillos.

—¿Cuántos días se van a estar?

—Mañana salimos.

—Firma y cédula aquí. ¡Amanda!

Se enjugaba el colgante cuello con un pañuelo pequeño, color azul.

El ser a quien se denominaba Amanda hizo su aparición. Usaba franela interior de hombre y pantalones blancos muy ceñidos; sus hombros, sin ser anchos, ostentaban músculos cobrizos, tensos y potentes; las formas del sostén lucían pétreas en su pecho; un bulto grande, rígidamente aprisionado por el pantalón, su sexo, tomaba lugar en aquel cuerpo esbelto y extraño.

—¡A la ocho! —gritó la gorda.

En algún patio invisible un loro comenzó a carcajearse. El equipaje quedó al lado del escritorio.

—Ahí va a estar seguro —dijo la mujer.

La ocho quedaba al final de un largo corredor. Yendo hacia allí pudieron ver el patio, donde un loro de cola roída caminaba sobre un palo empotrado en la pared, recorriéndolo de una punta a la otra con algo que parecía angustia.

La ocho eran dos camastros limpios, con flores pintadas en los testeros y una jarra de agua en la mesa de noche. Un ventilador quieto colgaba de dos tendones de alambre. Amanda movió un interruptor y el ventilador comenzó a bambolearse con lentitud, inundando la pieza con un aire caliente y cansado. A J. le corría el sudor por el cuello.

—Calor tan berraco —dijo.

A las cuatro de la mañana los despertó la gran algarabía que producían la gorda y Amanda en la cocina: abrían y cerraban llaves de agua, dejaban caer peroles, la gorda regañaba a Amanda, cambiaban la emisora del radio y el loro se carcajeaba.

Se bañaron en un baño grande, lleno de musgo y pedacitos de jabón en los rincones.

Faltando un cuarto para las seis llegó Julito al muelle. Los saludó rápidamente, sin nada de las zalamerías que se le habían visto el día anterior, y se dedicó, junto con su ayudante, a arreglar las cosas para el viaje.

El aire estaba fresco, el cielo limpio; alrededor de los motores se habían formado pequeños arco iris; un olor a gasolina mezclado con el de aguas negras venía del mar; no soplaba la más mínima brisa.

Julito y su ayudante actuaban con movimientos seguros y rápidos. Metieron el equipaje en la lancha, lo amarraron bien y lo cubrieron con un grueso plástico transparente. Trabajaban sin hablar. Cuando Elena preguntó si la máquina de coser podía mojarse, Julito no contestó nada.

Una vez embarcado el equipaje, el ayudante, de pie en la popa, le dijo a Elena, «súbase, seño», y le tendió la mano. Ella se sentó en las tablas del muelle y se dejó caer a la lancha. Cuando ésta se ladeó, Elena perdió el equilibrio. El ayudante debió entonces agarrarla por la cintura para que no cayera al agua. Era hábil: la agarró, la

enderezó y se asomó a su escote, todo al mismo tiempo. «Coño», pensó, «no tiene brasier». Cuando Elena recuperó el equilibrio, él la soltó de la cintura y la tomó por el codo.

—Siéntese adelante —dijo.

Elena comenzó a gatear hacia la proa. Una vez sentada, todavía se agarraba con fuerza al borde de la lancha.

J. se sentó a su lado, sacó una botella de la mochila y le ofreció un trago.

—Tengo el desayuno todavía aquí —dijo ella, señalándose arriba del esternón.

—Esto te lo baja.

Elena se tomó un trago grande que le quemó la garganta.

—¿Se van a tomar un guaro? —preguntó J. a los lancheros.

—Seguro —dijo Julito recibiendo la botella y mirando a J. con ojos sonrientes.

La lancha arrancó, solemne. Los dos Evinrude gruñían afelpadamente. A medida que tomaban velocidad la brisa les golpeaba la cara con fuerza. Después de un cuarto de hora, cuando dejaron aquella bahía, o especie de canal sucio, y entraron a mar abierto, J. sintió una gran luz abriéndose en su estómago.

Fueron cuatro horas y media de viaje. El mar estuvo calmado todo el tiempo, y ellos apenas se salpicaron con agua cuando la lancha embestía olas de mediana altura.

—Al frente de aquella isla está la casa —dijo Julito.

Elena y J. no vieron una sino tres minúsculas islas paralelas a la playa donde estaría la casa.

—¿De cuál de todas, Julito? —preguntó Elena.

—La que tiene palmeras, señor.

Era mediodía. El sol, reverberante, caía a plomo sobre el mar verde oscuro. J. llevaba un sombrero blanco, de paja; ella una gorra verde con visera. Cerca de la playa bandadas de alcatraces se desplomaban sobre las aguas. Alrededor de las islas sobrevolaban las gaviotas.

Al entrar a la bahía los motores se fueron suavizando y J. empezó a sentir bajo su cuerpo, no la velocidad de la lancha, sino el balanceo del mar.

En la base de la montaña, ya en tierra firme, estaba la casa. Destartalada y grande, construida con tablas, su parte posterior se apoyaba contra la tierra y la anterior se sostenía sobre pilares de ladrillo. El techo estaba formado por dos alas largas a los lados y un ala al frente, que nacía tres metros abajo del vértice y cubría un corredor amplio que daba al mar. A medio metro del vértice había una especie de claraboya que sugería un zarzo. Pero no había tal. Las cinco habitaciones de la casa terminaban directamente en las tejas de zinc del techo; y lo que parecía claraboya era solamente un hueco redondo cubierto por un anejo oxidado y roto.

Sin embargo, el desembarco no se hizo frente a la casa. Julito dijo que allí había mucha piedra y la lancha podía romperse. Llegaron a una pequeña playa de arena blanca y agua muy quieta, a unas dos cuerdas de la casa. El ayudante se dejó caer al agua, que en ese sitio le llegaba a las rodillas, y empujó la proa contra la arena.

—Mejor te quitás los zapatos para bajar —dijo J.

Los dos se descalzaron. Con los zapatos en la mano y el bluyín arriba de las rodillas, J. saltó de la lancha. Caminó hacia la orilla, puso los zapatos a salvo y se devolvió a ayudar a Julito y su ayudante, que trataban de varar la embarcación. «Un, dos, tres...» decía Julito, y todos daban un empujón. Cuando la proa quedó firmemente atascada en la arena, Elena saltó a la playa y corrió para que la ola no la alcanzara; una vez en sitio seco se sentó en un tronco y prendió un cigarrillo. J. entretanto recogió los maletines de mano y los llevó hasta la playa; luego regresó, se echó una maleta al hombro y la llevó adonde Elena estaba. Cuando descargó la otra, ya el ayudante había bajado el baúl.

—¿Qué lleva aquí, jefe, un muerto? —preguntó.

—Libros —dijo J. secamente.

Sobre el hombro de Julito y bajo la mirada atenta de Elena, la Singer salió del mar con las patas hacia el cielo, como un enorme marisco. Cuando todo el equipaje estuvo en la playa J. preguntó:

—Entonces qué, Julito, ¿llevamos las vainas a la casa?

Julito dijo que no. Alegó que estaba tarde y el mar podía ponerse feo para el regreso. J. le pagó.

—Se les agradece, maestros —dijo—, que regresen bien.

—Los de la vereda les ayudan con las cosas, jefe.

—Seguro, hermano, no se preocupe. El de p'irsen, señores.

Los lancheros lo miraron con simpatía y se bebieron un trago largo. Entonces empujaron la lancha hasta que flotó de nuevo.

—Cuando me necesite, jefe, ya sabe: Julio Gutiérrez, servidor y amigo.

—Llévese el cuncho que queda, Julito, para que no se aburra en la vuelta —dijo J. y lanzó la botella, que el otro recibió, ágil.

Se treparon a la lancha. El ayudante tiró de la polea de uno de los motores, que comenzó a sonar suavemente, luego encendió el otro. Los motores rugieron con fuerza y la lancha se internó en el mar.

—¡Qué mierdas! —dijo Elena.

—¿Qué querías? ¿Que les cogiera la tarde por ayudarnos?

J. se sacudió la arena de los pies con las medias y se puso los zapatos.

—Esperame aquí mientras voy a ver quién nos puede dar una mano —dijo, y empezó a caminar hacia la casa. Ella se quedó mirando el mar, fumando, pensando con rabia en el aguardiente que J. había regalado a los de la lancha.

Caminando hacia la casa la arena empezó a colársele a J. entre los zapatos; se los quitó y siguió caminando descalzo por la playa.

Las olas le mojaban los pies. Le gustaba la sensación que entraba a su cuerpo desde el agua. Miró el mar. Pensó en darse un baño después de organizar las cosas.

—¡Buenas! —gritó ya en el corredor.

—¡Bueenas! —contestó una voz de mujer desde la parte de atrás de la casa.

Caminó entonces, con los zapatos en la mano, hacia el lugar de donde venía la voz. En la parte trasera había un cobertizo bajo con techo de palma. Sobre una estufa de leña una olla grande, en la que hervía algo, levantaba la tapa y la dejaba caer, y la espuma chorreaba hasta las brasas. Sobre una hornilla apagada había una chocolatera con el molinillo adentro. Una mujer negra, sentada en una silla recostada contra el pilar, con los talones desnudos apoyados en el travesaño, daba de mamar a un niño.

—Permiso —dijo J.

—Está en lo propio. Prosígase.

El niño, desnudo, macizo, chupaba con placidez. Una de las manos de la mamá, grande, con un anillo de oro, lo sostenía por las nalgas. Las rodillas de ella eran negras, brillantes y redondas; sus senos se veían escurridos. Era joven. La calva cabeza del niño era negra y también brillante.

Cuando J. le explicó quién era, ella dijo que no lo esperaban tan pronto, que don Carlos sí les dijo que había vendido la finca y que los nuevos dueños pensaban vivir en ella, pero que posiblemente sólo llegaban hasta julio.

—¡Mañe! —gritó—. ¡Mañee...!

Se oyó un rápido ruido de pies sobre las tablas y un niño de unos ocho años apareció entonces, descalzo y sin camisa.

—Ve y dile a tu padre que llegó don J. ¡Corre!

El niño salió disparado, sin decir palabra. Diez minutos después llegó el padre, acompañado por otros tres negros. Era bajo y fuerte; su pelo, empezando a encanecer, le daba una apariencia digna y seria.

—No lo esperábamos tan rápido —dijo—. Gilberto Rendón, un servidor.

J. les estrechó la mano. A los otros les dijo «buenas», y ellos contestaron.

—En la maleta traigo una carta para usted, Gilberto —dijo J.—. El equipaje de nosotros quedó allá en la playa.

Los hombres salieron por las cosas y J. se quedó en el corredor. A diez metros de la casa había una playa pedregosa; piedras medianas, pedazos de caracol y ripio de coral producían al caer las olas un ruido acascabelado, como de maracas. «Ahí debe haber erizo», pensó.

En un potrero pequeño, al lado izquierdo de la casa mirando hacia el mar, había árboles de mango. Uno de ellos, especialmente grande y bien proporcionado, se hacía notorio. Era muy frondoso. Sus ramas bajas habían sido recortadas por el ganado a la misma altura. «Así me imaginaba el árbol del bien y del mal», pensó J. Una vaca cebú con su cría se escondía del sol bajo su sombra. «La deben tener ahí para ordeñarla... Pero mejor dejar este corral para los semilleros y para sembrar naranjos o lo que sea. No poner los semilleros debajo de los mangos. La gente los va a pisar cuando venga a coger mangos. En fin... Toca hacer un inventario de lo que hay en la casa, herramientas y tal».

Se puso de pie y entró en la casa.

Olía a polvo. Una bandada de murciélagos comenzó a revolotear a lo largo del caballete. J. intentó desclavar con las manos una de las tablas con las que habían condenado las ventanas, pero no pudo. «Hay que buscar un martillo o una varilla», pensó. Siguió revisando la casa desordenadamente y en uno de los cuartos, apoyado contra la pared, vio un rimerero de catres de madera. Abrió uno y sobre la lona, ennegrecida por el mal de tierra, quedaron unas cagarrutas como de ratón o murciélago. Sólo tres catres tenían lona, los demás eran sólo el esqueleto.

En el piso había periódicos amarillentos, *Vanidades* y *Selecciones del Reader's Digest* a medio comer por los ratones. También había mecheros de aceite puestos por ahí, en la base de las ventanas o en el suelo. En uno de los cuartos de atrás, que no tenía ventanas, encontró varias llaves inglesas oxidadas, tres fumigadoras de cobre abolladas y una infinidad de plásticos rotos y pedazos de alambre.

Armado de una llave inglesa volvió al cuarto donde estaban los catres.

Cuando abrió la ventana, la luz del mediodía entró como una explosión. Una lagartija se escurrió, centelleando, por la ventana. La visión del mar desde el interior de la casa le llegó a los intestinos y lo hizo sentir feliz.

«Este va a ser el cuarto», decidió, y empezó a patear periódicos y revistas hacia la



puerta. «Hay que fumigar también».

Entretanto los otros llegaron con las cosas.

—Pónganlas aquí —gritó J. desde el cuarto.

El baúl, la máquina y las maletas fueron descargados.

—Ustedes se reparten —dijo J. y le alargó un billete a Gilberto.

Gilberto no miró el billete, ni dijo nada, sino que se lo guardó doblado en el bolsillo de la camisa. Llevaba pantaloneta roja, sandalias de cuero y una camisa vagamente azul a la que le habían sido arrancadas las mangas.

—¿Me decía que don Carlos había mandado una carta? —preguntó entonces. J. abrió una de las maletas, sacó la carta y se la entregó. Sin abrirla, Gilberto la dobló y la metió también en el bolsillo de la camisa.

Elena no había entrado a la casa. Sentada en una de las sillas de madera del corredor miraba el mar mientras pensaba que los de la lancha habían abusado. Tenía calor. Sentía la piel pegajosa y los pies calientes. Se quitó los zapatos y las medias, que se había puesto otra vez en la playa, antes de caminar hacia la casa. «Tengo que buscar las sandalias en la maleta», pensó. «Me baño y me pongo un vestido limpio... Hay que barrer esto».

—Me decía don Carlos que usted podía trabajar para nosotros —dijo J.

—Seguro —dijo Gilberto—. Yo a don Carlos lo conozco de años. Gran patrón.

Convinieron los sueldos. También acordaron que de un mercado comprado por J. la mujer de Gilberto cocinaría para ellos y para su propia familia. Era el arreglo que siempre se había hecho con don Carlos, el anterior propietario.

Por la noche, la mujer les dio café negro, plátanos fritos y una posta de róbalo. Tuvieron que dormir separados, cada uno en un catre.

—Tenemos que inventarnos una buena cama —dijo J. antes de dormirse.

A las tres de la mañana lo despertó el ruido de las tejas sueltas de zinc que, con el viento, golpeaban en el techo. Media hora después dormía de nuevo.

Durante los primeros días Elena llevó una actividad casi frenética. Siendo una persona a quien la manía de la limpieza, así como el orgullo por la limpieza, le venían de generaciones, el estado desordenado y polvoriento en que encontró la casa en cierto modo la había complacido. El día siguiente a su llegada, después de barrer el cuarto donde iban a dormir, después de acomodar la ropa de ambos en una estantería previamente lavada con estropajo y detergente, se dedicó a limpiar los baños. Mientras la mujer de Gilberto, apoyada en el marco de la puerta, cargaba al niño — que parecía no querer jamás soltarse de sus pezones— y la miraba, Elena arrojaba desde los sanitarios anjeos podridos, tarros carcomidos por el óxido y pedazos de manguera. Al parecer estaban usando los sanitarios como depósito de cuanto cosa potencialmente útil o inútil podía encontrarse en las doscientas hectáreas de la finca.

Las cosas que Elena arrojaba caían a los pies de la mujer de Gilberto, quien, sin dejar de apoyar el hombro contra el marco de la puerta, movía los escombros con el pie, para examinarlos. Entonces miraba a la otra con somnolienta curiosidad.

—¡Qué cantidad de mierda! —dijo Elena con rabia.

Finalmente los baños quedaron limpios. En la caseta donde estaba la letrina había ahora un rollo de papel higiénico colgado de un alambre a la pared; los techos estaban libres de telarañas, el piso barrido. En la ducha había jabón de baño y dos toallas colgadas en el interior de la puerta; en el lavamanos del corredor, jabón y toalla.

Sin embargo, tales progresos fueron al principio más formales que reales. Se trató más de una toma de posesión que de un avance, pues el enorme tanque de cemento, colocado en una cama de ladrillos sobre el barranco, atrás de las casetas, estaba desfondado; además, la manguera que debía transportar el agua desde una quebrada a tres cuadras de la casa estaba podrida.

Así que agua corriente no había. Diariamente Elena y J. debían coger jabón y toallas y caminar hasta la quebrada, donde se bañaban en vestido de baño, echándose agua con una totuma.

—Urgente poner a funcionar la ducha —dijo ella el primer día mientras se secaba los pies para ponerse las sandalias.

En la quebrada siempre había bulla de pájaros, y muchas veces vieron bandadas de micos alborotando entre los árboles. El agua era extremadamente clara y suave. Ya de regreso, J. acostumbraba detenerse un momento bajo el mango; cogía entonces algunas frutas y se las comía de pie bajo su sombra mientras miraba a Elena, el pelo mojado brillando bajo el sol, la toalla en una mano, el champú y el jabón en la otra, alejarse hacia la casa. Y aunque después comprarían tanque y manguera, y el agua llegaría hasta la ducha, él continuaría bañándose hasta el final en aquella pequeña corriente transparente.

Cuando Elena quiso poner en orden la cocina supo que ése era tal vez el único sitio limpio de la casa. Las ollas, a pesar de que se cocinaba con leña, se veían viejas,

sí, pero muy brillantes. El poco mercado estaba cuidadosamente dispuesto en estanterías limpias, aunque ennegrecidas por el humo. No se veían rastros de hormigas o cucarachas.

—Limpia como un putas —fue su opinión inicial sobre la mujer de Gilberto.

De los cuartos salió polvo en cantidades. Elena sacó nidos de ratones, tacos de papel embutidos entre las tablas, puchos de tabaco, cucarachas secas y esqueletos de murciélago.

—¿Hace cuánto no se da un escobazo aquí? —preguntó a la mujer de Gilberto.

—Bueno, para diciembre del año pasado la señora Clara hizo lo mismo que usted hace ahora...

—¿Y usted le ayudó esa vez?

—Bueno, para entonces yo estaba en dieta ¿sabe?

Muy pronto entendió Elena que a la otra sólo le importaba el aseo de la cocina, de la ropa y de su propio cuarto. El resto podía caerse si quería. Durante el tiempo que duró el trabajo de limpieza se la pasó persiguiendo a Elena por toda la casa, siempre con el niño colgando de sus pechos. Más exasperada que curiosa, Elena trataba de hablarle, pero la mujer, aunque simpática, no parecía conversadora.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó, mientras metía lonas podridas y plásticos rotos en una caja de cartón.

—Me llamo Mercedes —contestó. Se sonrió y no dijo más.

Para rematar el trabajo, Elena, armada de aspersionador y con un pañuelo en la cara, descargó en los cuartos nubes de insecticida.

—Si seguís aventando veneno así, nos van a encontrar a todos chapaliando como cucarachas en esta casa —dijo J.

Las cucarachas caían de todas partes y sonaban al golpear contra las tablas. Elena hizo una barrida con los insectos muertos y, orgullosa, llamó a J. para que los viera.

—El Ángel Exterminador es un moco comparado con vos —dijo él.

Al final, una inmensa pila de desperdicios se alzaba en la playa. Por la noche levantaron con ella una hoguera gigantesca.

Como el insecticida tardaba en disiparse, tuvieron que dormir en el corredor, Elena en un catre y J. —que creía de esa forma escapar mejor a las repugnantes cucarachas moribundas— en una hamaca. Ella se durmió de inmediato, él se quedó todavía un rato despierto, tomando aguardiente a pico de botella y mirando las brasas que alumbraban desde la oscuridad de la playa.

La casa estaba lista ahora, extraordinariamente limpia, ordenada y vacía. La máquina de coser quedó sola en uno de los cuartos. Había resultado seriamente averiada en la caída y su presencia allí pasó a ser más un símbolo que cualquier otra cosa.

—Dejate, que cuando vayamos a Medellín le conseguimos el pedal completo —dijo J., más para calmar el resentimiento de Elena que por considerarlo verdaderamente importante.

En el cuarto de ellos —ocho días oliendo a detergente e insecticida— había ahora dos catres, la estantería con la ropa y el baúl con los libros. De la pared colgaba el cuadro, pintado por un hermano de Elena, que representaba un atardecer sobre los Andes visto desde una celda de la cárcel de la Ladera; también el óleo de una mujer ofreciéndose al océano. Dos años atrás, en una borrachera, J. había quemado sus reproducciones de Modigliani, Picasso y Klee, y desde entonces ya no había querido tener buen gusto; su apartamento de Envigado se había ido convirtiendo poco a poco en una pequeña galería de arte malo, de mucho y muy crudo contenido vivencial.

El otro cuarto, aquel donde más tarde funcionaría la tienda —y donde, más tarde aún, sería lavado el cadáver—, estaba desocupado por completo. J. evitaba entrar en él, pues sentía una especie de vértigo ante su vacuidad. Entonces, tratando de luchar contra el vacío, colgó allí una hamaca en la que nadie se echaba nunca.

—El cuarto de huéspedes —dijo Elena.

J. se mantenía ahora todo el día en sandalias y pantaloneta. Ya había inventariado las herramientas —no encontró gran cosa— y también había recorrido los potreros en compañía de Gilberto. Supo entonces que de las treinta y cinco cabezas de ganado compradas con la finca se habían muerto dos y perdido tres. El resto estaba flaco y garrapatoso. Los potreros pedían a gritos una limpieza y los cercos debían repararse si se querían evitar más pérdidas. Contrató con Gilberto la compostura de los cercos, la limpieza de los potreros y la fumigación del ganado.

Sin embargo, el primer trabajo que él les hizo fue la cama. Para esto se utilizaron unas tablas gruesas y sin pulir que había debajo del corredor. Eran largas y J. dijo:

—Hágala de dos por dos, Gilberto.

El hombre abrió mucho los ojos. En su vida había oído de una cama tan grande.

El resultado fue un lecho más que doble, sólido como un altar mayor. Era una especie de planchón con testeros, al que habrían de comprar cuatro colchones sencillos, dos para cubrir su extensión y otros dos para que quedara doble, y que jamás iría a ser lo comfortable que ellos habían soñado —pues los colchones que se conseguían en Turbo eran fibrosos y compactos—. La cama, no obstante, se veía imponente. Los catres en que dormirían hasta la llegada de los colchones parecían frágiles veleros al lado de semejante trasatlántico.

—Bonita no quedó —dijo J.—, pero sí más bien clavada que un putas.

Además de la cama, y utilizando la madera sobrante, Gilberto construyó la

biblioteca. Quedó grande también, y tan sólida y rústica como la cama. J. disfrutó colocando en ella sus muy usados y apreciados libros. Colecciones completas de Dostoievsky, Nietzsche, Lagerkvist, Camus y Neruda; libros sobre ganadería tropical, cultivo industrial del coco, Bertolt Brecht, frutales de zona tórrida, Hermann Hesse, Hegel y muchos más empezaron a estarse quietos allí, con ocasionales lagartijas trepándose a sus lomos, mientras bandadas de alharaquientos loros pasaban sobre la casa, o negros descalzos, con un machete terciado al hombro, pasaban por la playa silbando y dejando un olor a tabaco en el aire. Muy ocasionalmente podía J. dedicarse a leer un poema o alguna página especial ya entrada la noche, acostado en la cama con un candelero sobre la barriga. La vela subía y bajaba con la respiración, las chapolas cruzaban la llama —asqueándolo un poco— y afuera sonaban las olas.

Ocho días después de terminada la cama llegaron los colchones. Con un familiar de Gilberto que iba para Turbo se mandó razón a Julito para que los comprara y trajera, y un mediodía reverberante apareció su lancha en la bahía. El lancharo tomaba ron encima de un bulto grande envuelto en plástico —los colchones— y su ayudante venía al timón. Esta vez atracaron directamente en la playa frente a la casa.

Cuando Julito estaba sobrio se veía fuerte y vital; cuando se emborrachaba lucía enclenque y envejecido. Con gesto deshuesado se dejó caer de lo alto de la montaña de colchones al mar. Con la botella en la mano empezó a caminar hacia la orilla, mirando fijamente el agua, que en ese punto le llegaba a la cintura. Tardó una eternidad en llegar. Una vez allí, y después de abrazarlo, le ofreció la botella a J. «Mucho gusto, seño» le dijo a Elena, pero ella no contestó. Tanto Julito como su ayudante traían esta vez zapatos tenis, previendo seguramente el desembarco en aquella playa guijarrosa.

Bajo el sol picante, Gilberto y el ayudante bajaron los colchones a la playa. No había viento. Algunas aves volaban como adormecidas mar adentro. Julito y J. se sentaron sobre un tronco, bajo una palmera, y mientras el gangoso lancharo hablaba de su vida, J. miraba el desembarco y tomaba ron de vez en cuando.

Cuando la lancha zarpó, su dueño iba ya dormido en el fondo. La embarcación se perdió en el horizonte y J., un poco mareado, subió las escaleras del corredor.

—¿Viste? —dijo Elena.

—¿Vi qué, mamita?

—¿Viste que esta vez sí llegaron al frente de la casa, los berracos?

J. no quería meterse en discusiones.

—Caminá estrenemos la cama, mejor —dijo.

—Andá estrenala vos, que yo no me voy a acostar con este calor tan teso.

A dos leguas de la casa, colindando con la finca, había un caserío; a una hora de la casa a pie —un cuarto de hora a caballo— estaba Severá, un pueblo costero; Turbo quedaba a cuatro horas y media en lancha o media hora en la avioneta que pasaba irregularmente por otro pueblo, no costero, situado a dos horas a caballo de la finca.

J. había conocido el caserío en el viaje que hizo, antes de comprar, acompañado por don Carlos E. El viejo y él habían caminado un poco a lo largo de la playa y después se habían internado por un monte ralo, de apariencia poco hostil, donde J. vio árboles medianos de los que colgaban lianas delgadas, caracolíes grandes, ceibas pequeñas y los muñones de las que habían sido ceibas descomunales.

—¿Hay buena caza por aquí, don Carlos?

—Pacas, armadillos y uno que otro pavo —dijo el viejo—. Pero se están acabando... Los estamos acabando, mejor dicho.

De pronto el monte se abrió y aparecieron unas quince chozas de bahareque y techo de palma. Una calle única, que también hacía de plaza, se veía impecablemente barrida. Al final de la calle había una arboleda de naranjos que lucía extraordinariamente verde y fresca.

A medida que caminaban, las cabezas asomaban por las ventanas. Algunas de las personas sentadas en los corredores decían «¡salud, don Carlos!», y él les contestaba por sus nombres. El viejo ya le había explicado cómo era el caserío: una única familia lo habitaba; a cada nuevo matrimonio se le entregaba un lote y se le ayudaba a construir la casa; todo el mundo estaba bajo la autoridad moral de la abuela.

Su casa estaba en el centro del caserío.

—Salud, doña Rosa —dijo don Carlos cuando estuvieron al frente.

—¡Adelante! —gritó una voz opaca desde adentro.

La casa consistía en dos cuartos y la cocina; los cuartos quedaban al frente, y atrás, en una ramada apoyada contra la casa, estaba la cocina. Lo primero que se distinguía al entrar era una virgen de yeso, de casi un metro de altura, colocada sobre una mesa y alumbrada por una veladora; a su lado había un radio grande de plástico verde claro. Doña Rosa estaba sentada en una silla de mimbre rojo. En la habitación de al lado se vislumbraba el vago bulto de un mosquitero. La sala era fresca, brumosa y olía a humo.

La vieja les pidió disculpas por no levantarse, diciendo que la reuma le caía siempre con el frío. Después los mandó sentar en unas sillas construidas con tablas, desagradablemente inclinadas hacia atrás como en una pétrea imitación de mecedora. Sentado en aquella antimecedora, J. quedó frente a la puerta posterior, que daba al patio, donde vio cerdos y gallinas bajo una arboleda de mangos. En el suelo se veían algunas frutas roídas por los cerdos.

Doña Rosa y J. simpatizaron; cuando don Carlos explicó quién era J. y a qué venía, ella lo miró desde unos ojos que aparentaban ver menos de lo que en realidad

veían, y le dijo que todos los del caserío estarían siempre a órdenes suyas. Después le preguntó a don Carlos si pensaba irse del todo de la región.

—J. me compra una finca pero yo me quedo con la otra —dijo don Carlos—. Usted sabe Rosita que a mí me hace falta el monte.

La anciana se mostró complacida. También pareció alegrarse cuando J. le dijo que él y su mujer pensaban vivir en la finca.

—Cuando vengan, pasen a visitar a esta viejita —dijo.

Algunos días después de su llegada J. le propuso a Elena que fueran a visitarla. La trocha que llevaba al caserío le pareció esta vez aún menos selvática. «No se va a cortar ni una ceiba más en esta finca», dijo cuando pasaron al lado de los enormes tocones. En el caserío los recibieron de la misma forma. Elena vio las cabezas negras asomándose por las ventanas y sintió que los niños la miraban por entre los intersticios de las paredes. Frente a la casa de doña Rosita había tres niños desnudos que arrastraban cajas de fósforos amarradas con hilos. «¡Bueeenas!», respondía la gente al saludo de J.

Esta vez la anciana no estaba postrada. Les sirvió café negro en una vajilla china muy delgada y delicada, decorada con flores, que contrastaba con el techo de palma, con el humo que venía de la cocina y con el piso de tierra.

Doña Rosita no se mostró particularmente atenta con Elena —el primer pocillo de café fue para J.— aunque en general estuvo simpática y habladora. Les contó que tenía doce hijos, sesenta nietos y tres bisnietos. Ocho hijos vivían en el caserío —cuatro mujeres y cuatro hombres, todos casados menos uno— mientras que a otras cuatro mujeres sus maridos se las habían llevado a vivir a otras partes. Les contó que ella se había casado cuatro veces y había enterrado cuatro maridos. En la visita anterior J. se llevó una impresión de postración e invalidez; esta vez la vio tal como era: una anciana muy dinámica metida en un cuerpo menudo, curado por los años.

La anciana se despidió de Elena diciéndole «seño» y no doña Elena. Y como durante la visita se había mencionado a la mujer de don Carlos como «doña», Elena percibió la diferencia de trato y tuvo que hacer un esfuerzo para que no le importara.

—Qué aseo tan berraco —fue su único comentario, ya de regreso.

Tres días después, a eso de las seis de la tarde, se apareció una niña cargando una olla muy brillante y llena de abolladuras.

—Que ahí le manda mi abuela —dijo.

Eran cangrejos guisados. J. los recibió, los pasó a otra olla —las tenazas repicaron contra el estaño— y devolvió la de la niña.

—Tome para usted —dijo, y le alargó un billete de diez pesos. La niña miró a J. con ojos brillantes, casi coquetos, y le dio las gracias. Antes de irse, dijo que si tenían ropa para regalar que se la regalaran a ella.

El comedor, una mesa grande y tosca, quedaba en uno de los corredores laterales, frente al corral. J. llevó la olla y un plato, y se sentó a comer. No llamó a Elena, pues sabía que a ella le repugnaban los cangrejos.



El mercado empezó a hacerlo Gilberto en Severá, generalmente los domingos. Acostumbraba salir temprano, montado en un caballo y llevando otro de cabestro. El sábado por la noche Elena le entregaba la lista de lo que debía traer y le hacía las recomendaciones sobre marcas de jabón, calidad de arroz y cosas así. Era en ese momento cuando hablaban; el resto de la semana él podía recibir algunas órdenes suyas, casi siempre referentes a los servicios de la casa, y alguna pregunta ocasional sobre el clima. Generalmente su voz, al hablar con Gilberto, se hacía áspera y cortante. Cualquier error en las compras —azúcar sucio, frijol con gorgojo— se lo reprochaba dos veces: una a la llegada del mercado y otra la semana siguiente, al entregarle la lista para las nuevas compras.

—Si uno no está atento, el hombre va trayendo lo que le da la gana —le dijo una vez a J., al notar su incomodidad por verla tratar a Gilberto de un modo tan seco.

Gilberto salía el domingo temprano y regresaba al atardecer, casi siempre con tufo, media botella de aguardiente en el bolsillo de atrás del pantalón y cierta inestabilidad de movimientos. Jamás caído de la borrachera. Con ojos alegres y ligeramente vidriosos bajaba los bultos del caballo y los llevaba a la cocina. Luego desensillaba el otro caballo y se llevaba los animales para la pesebrera. Allí se tomaba algunos tragos mientras les picaba pasto. Entonces regresaba a la casa a oír los eventuales reproches de Elena, que había desempacado las cosas mientras le hacía interminables recomendaciones a Mercedes sobre la manera de tasar el mercado, cocinar ciertas cosas, no malbaratar otras...

Al principio J. acostumbraba emborracharse sólo una vez a la semana. Los domingos, a eso de las tres de la tarde, iba hasta el mango y cogía algunas frutas verdes, Mercedes se las picaba en cascos y él se acomodaba en el comedor, a veces con Elena, y ponía la fruta, un salero y la botella de aguardiente al lado de la silla. Cuando Gilberto llegaba, la botella podía ir por la mitad. Si ella no estaba con él, J. se alegraba con su llegada; sabía que después de entregar el mercado Gilberto subiría al comedor, sacaría su botella del bolsillo y le ofrecería un trago. Se terminarían entre los dos la caneca de Gilberto conversando sobre los trabajos por hacer —o a veces en silencio—, y luego beberían de la botella de J. Cuando Elena estaba en el corredor, Gilberto se acercaba un momento, les ofrecía un trago y se despedía.

Un sábado por la noche J. le dijo a Gilberto que quería ir con él al pueblo. Y al día siguiente, poco después de la salida del sol, fue despertado por el ruido de los cascos en el patio, el bufido de los caballos y la voz de Gilberto que lo llamaba.

—No me ensille caballo, Gilberto, que voy a pie —gritó desde la cama. Se bañó, comió los plátanos fritos con café negro que le dio Mercedes y echó a andar detrás de los caballos.

Caminaron un buen rato por la playa. El mar estaba sereno y azul, el aire fresco. Sus zapatos se hundían en la arena y sus pantorrillas comenzaron a endurecerse. Gilberto, montado en uno de los caballos, mantenía el paso lento, para que J. pudiera sostener el ritmo.

Llegaron a un sitio donde la montaña se metía al mar y formaba un acantilado. Era el límite de la finca hacia el norte. Salieron entonces de la playa y empezaron a trepar por una cuesta empinada y selvática.

—Cuando quiera me dice, patrón, y se va en el caballo —dijo Gilberto, que había visto a J. agarrarse precariamente de las matas para no perder el equilibrio. La selva, cada vez más densa, se llenaba de gritos de pájaros. J. estaba cansado y aceptó ir en el caballo. Gilberto lo ayudó a montar y empezó a subir a pie, adelante.

Entonces llegaron al tope del camino: a la izquierda subía la montaña y la selva se hacía cada vez más densa; a la derecha la trocha empezaba a descender hacia el mar, que alcanzaba a oírse asordinado, muy abajo. Gilberto bajaba con la misma soltura con que subía. El descenso fue menos empinado que el ascenso, aunque más largo, y la trocha más ancha y cómoda.

De pronto la montaña se suavizó y el camino empezó a aclararse. Se abrió la selva, dando paso a una platanera. Metiéndose entre las matas de plátano, el camino desembocó en el patio de una casa, donde tres perros flacos comenzaron a ladrar.

—Buenas, don Eduardo —gritó Gilberto, pero nadie contestó—. Debe estar chuzando a alguien o rezando a alguien —comentó entonces.

Don Eduardo era antioqueño, como J., y sufría de una suave locura mística. Contando su historia, Gilberto adoptó un tono burlón y la salpicó de anécdotas muy largas y tan numerosas que a J. le parecieron tediosas. Pensó que una persona que pusiera emplastos e inyecciones resultaba muy útil en la región, por más que fuera amiga personal del Altísimo.

Al final de la platanera había una hilera de cocoteros y después estaba de nuevo el mar. La costa se curvaba en forma de tenaza de diez o quince kilómetros, bahía muy abierta al final de la cual se veían los techos del pueblo. Además de los techos, J. distinguió algunas lanchas varadas y varias pilas de madera en la playa, así como dos barcos medianos flotando en un mar liso, a cuadra y media de la orilla. En ese momento, como una cucaracha de agua, una canoa se desprendía de un barco y avanzaba lentamente hacia la playa.

J. desmontó, llamó a Gilberto y le entregó las riendas. Gilberto siguió caminando a su lado con ellas sobre el hombro. Explicó que esos dos barcos llegaban tres veces por semana, los horarios dependiendo siempre del tiempo, y sacaban madera, coco y pasajeros.

—Una vez nos tiramos diez horas hasta Turbo —dijo.

Diez minutos después pasaban frente al cementerio. Alrededor de cincuenta tumbas se veían diseminadas en un terreno que más parecía la continuación de la playa que tierra propiamente dicha. La mayoría estaban señaladas por cruces de madera; algunas ostentaban lápidas de cemento. Dos o tres estaban construidas en forma de bóveda, pero el terreno, poco firme, había cedido al peso del material, el concreto se había rajado y todo el bulto de la sepultura se veía semisumergido en la arena, como un naufragio.

Sin embargo, el cementerio no tenía apariencia siniestra. Muy próximo al mar, durante las mareas fuertes el agua lo inundaba y lo llenaba de espuma. La manera alegre como la vegetación trepaba sobre las cruces y lápidas y se metía entre las grietas del cemento, la visión de los cangrejos asomándose desde los túneles cavados entre las tumbas, la visión de lagartijas centelleantes, le dieron a J. la impresión del triunfo permanente de la vida sobre la muerte. Sin tomarlo como una premonición de lo que sería el destino de sus huesos, pensó que de todos los cementerios conocidos hasta entonces era éste, precisamente, el que menos horror le había causado.

Dejaron el cementerio y un cuarto de hora después entraban al pueblo.

Eran cuatro calles, no más de cincuenta casas y no mucho más de quinientos habitantes. Una amplia faja de playa servía como plaza pública; allí estaban las rastras de madera que J. había visto desde lejos y allí estaban las canoas varadas. Había también un camión viejo que seguramente acababa de llegar, pues él no lo había visto. Este y otro esperpento similar eran los dos únicos automotores de la región. Tenía aspecto de haber participado en alguna evacuación, invasión o matanza. Sus gruesas latas, atacadas despiadadamente por el óxido —puertas con boquetes, guardabarros roídos— habían sido pintadas recientemente de rojo vivo, a brocha. Su aire guerrero y agresivo cubierto por aquella pintura alegre le daba una apariencia fantástica. «Así reformamos en el trópico las grisuras que nos mandan de los países desarrollados de mierda», pensó J.

Había gente parada al lado del camión esperando que lo terminaran de cargar para montarse. Otros estaban de pie en las puertas de las tiendas, tomando cerveza. J. soportaba las miradas en su nuca con serenidad y cierto orgullo. Algunos niños lo miraban abiertamente.

—¿Qué mirás? —le preguntó a uno de ellos.

El negrito le contestó con una sonrisa que J. devolvió de un modo ubicuo y rápido que al niño pareció gustarle.

Compraron el mercado en la más grande de las tiendas, local largo con estanterías de madera que lo recorrían de un extremo a otro repletas de productos. Se sentía olor

a plásticos y cueros. La atendía su dueño, hombre joven, blanco-amarillento, flaco de espaldas y protuberante de barriga, que se arremangaba la camiseta hasta el esternón para aliviarse del calor húmedo y quieto que agobiaba el aire de la tienda. Se llamaba Juan y tenía fama de comprar cosas robadas. A J. le pareció a la vez cínico y servil. Le ayudaba su mujer, obesa, somnolienta, orgullosa, morena clara, de unos treinta años y rasgos faciales muy hermosos. Daba la impresión de exhalar un hálito sensual parecido a las emanaciones de un pantano en germinación.

Como Gilberto era muy hábil en lo del mercado, J. sólo alcanzó a tomarse cuatro cervezas antes de que las bestias estuvieran cargadas con los bultos. Los precios se le hicieron escandalosamente altos. Fue tal vez entonces cuando pensó por vez primera montar él mismo una tienda en la finca.

No habían pasado dos meses cuando J. debió viajar a Medellín.

—Salgo el martes, hermana —le dijo a Elena—. Vos quedás al frente de todo.

—Listo —dijo ella sin dudar.

J. le hizo algunas recomendaciones, habló con Gilberto sobre los trabajos que debían hacerse en su ausencia y se fue.

Lo que encontró en Medellín fue un desastre. Antes de irse para el mar había dado su plata a intereses a un familiar y esperaba vivir de ellos mientras encontraba el modo de sacarle algo a la finca. Mucha gente le dijo que no lo hiciera. El hombre tenía malos antecedentes —cosa que J. sabía bien, pero logró olvidar— y varios pleitos en su contra por abuso de confianza. Al parecer era un profesional del abuso de confianza. Pero él no hizo caso. Mareado por el parentesco, halagado tal vez por los altos intereses que el otro le ofrecía, se limitó a separar trescientos mil pesos del capital total y el resto se lo entregó. Grave error. Cuando llegó a Medellín encontró que el pariente había hecho una quiebra sospechosa. Lo había robado, mejor dicho. Hubo discusiones violentas, abogados y un pleito, pero todo se perdió finalmente. Después de mes y medio de pelea J. se encontró con que lo único que tenían ahora para vivir eran la finca y los trescientos mil pesos en el banco. Con don Carlos, que salía en esos días para Urabá, envió una carta diciéndole a Elena que se demoraría todavía quince días, que estuviera tranquila y que todo iba bien.

A la depresión inicial que le trajera tan sórdido asunto siguió una fuerte necesidad de pelea, unas ganas grandes de no ser derrotado, al menos en el largo plazo. Empezó a desvelarse haciendo cálculos sobre el capital necesario para montar la tienda y sobre las posibles utilidades de la cría del ganado. También, tratando de no pensar demasiado en los hermosos árboles de la finca, habló con gente que conocía el negocio de la madera, quienes le aseguraron era bastante rentable. «Por mal que nos vaya nos alcanza para la comida y el aguardiente», pensó luego de cálculos gruesos. «Por el sol y el mar no nos cobran».

Hizo un préstamo por doscientos mil pesos en el banco. Con un cheque por un total de quinientos mil en el bolsillo, con los que esperaba surtir la tienda y subsistir mientras los negocios arrancaban, y una botella de aguardiente en la mochila, se metió en el bus que debía llevarlo a Turbo. Viajó las dieciocho horas haciendo cálculos de plata, tomando aguardiente y disfrutando del movimiento de su vida.

Cuando llegó a la finca, Elena estaba esperándolo en la playa. J. se enterneció al verla allí, de pie, el peso del viento pegando la falda contra sus bellas piernas. Sería, muy dorada por el sol, miraba la llegada de la lancha con expresión contenida y segura.

Se besaron con gusto.

—Mañana o pasado nos llega la mercancía —dijo J.

—¿Cuál mercancía?

—La de la tienda, hermana. Nos toca montarla. Lo de Medellín se lo llevó el putas y estamos casi sin billete.

—Listo —dijo ella—. La montamos.

Al día siguiente Gilberto madrugó y trajo la madera que necesitaba para construir mostrador y estanterías.

—En una semana se las tengo listas, don J. —dijo, e inmediatamente se puso a serruchar.

Pero la mercancía no llegó al otro día, ni al día siguiente, sino ocho días después, en dos lanchas grandes, cuando ya las estanterías estaban terminadas. Y llegó incompleta. J. había pagado cincuenta botellas de aguardiente y llegaron veinte; cuarenta cartones de cigarrillos y llegaron diez; faltaba arroz, faltaban frijoles. Hubo una discusión con los lancheros, pero ellos aseguraron que el almacén sólo les había entregado lo que traían. Elena los acusó de ladrones. Ellos no le hicieron caso; cuando hablaba la miraban como si no estuviera allí, dejaban que dijera lo que quisiera y seguían hablando con él.

—Me vuelvo con ustedes para Turbo —dijo J., ya más calmado—. Empezá vos a acomodar las cosas, pero no empecés a vender hasta que yo vuelva —le dijo a Elena.

El enredo no era grave. El empleado del almacén había escrito una nota explicando a J. que el faltante de mercancía le sería entregado en el próximo pedido, debido a que al almacén le habían quedado mal con sus propios pedidos y se encontraba escaso de ciertos artículos, pero a última hora olvidó entregarla a los lancheros.

La explicación era precaria y J. se enfureció, por supuesto, y amenazó con hacerlo echar. Después, como siempre, se calmó.

—Hagamos una cosa —dijo—. Usted me paga el viaje de vuelta, me entrega de una vez la mercancía que falta y nos olvidamos del asunto.

Hubo un corto simulacro de resistencia, pero al final el empleado tuvo que ceder. Antes de salir, J. le exigió que buscara a Julito para los futuros envíos.

Aquella fue la primera noche que J. durmió en casa de Julito. Se había encontrado con él en la plaza, y el lanchero, al saber que J. se disponía a buscar hotel para pasar la noche, lo invitó de inmediato.

La suya era una de las casas montadas sobre pilotes que J. había visto cuando buscaba el muelle. Se componía de tres habitaciones oscuras y una ramada para la cocina, atrás. En el cuarto del centro, que hacía las veces de sala, había una mesa pequeña en un rincón y una hamaca colgada de una esquina a otra. Cuando entraron, Julito la descolgó, puso la mesa en el centro y trajo dos sillas hechas de tablas sin pintar.

—Siéntese, jefe —dijo.

La mujer de Julito era gorda, por supuesto, y antipática. Pero no era la misma que J. había conocido en el mercado. Trataba a su marido con cierto sarcasmo, especie de escepticismo burlón que daba a entender que él ya no la engañaba más, que conocía

la intención de todos sus actos, desastre de hombre, y ya no se hacía ilusiones. Con J., no obstante, se mostró, si no locuaz, al menos amable; era evidente que se sentía orgullosa de tenerlo en su casa.

Julito lo dejó sentado en una de las sillas y salió a buscar aguardiente. Entretanto la mujer le trajo café en uno de esos pocillos que ya había visto donde doña Rosa. Había cierta belleza en ese cuarto casi vacío, en cuyo centro, como un diminuto ramo de flores, brillaba aquella delicada loza china. Caía el atardecer y una oscuridad azul empezaba a amontonarse en los rincones. Por la puerta, J. miraba cómo el cielo se hacía cada vez más oscuro. El atardecer era sereno y él se sintió feliz.

Julito volvió con la botella, trajo dos copas decoradas con motivos taurinos, y se sentó en la otra silla. Bebieron hasta tarde. Cuando la botella se acabó, el lanchero propuso comprar otra, pero J. no aceptó: su presencia era urgente en la finca y había que madrugar. Julito colgó otra vez la hamaca y J. se acostó y se durmió de inmediato.

Al día siguiente, después de cuatro horas y media de navegación suave y soleada, llegó de nuevo a la finca.

Elena ya había ordenado los artículos en las estanterías, faltaba ahora ponerles precio. Gilberto, que conocía bien los precios de la región, les ayudó a hacerlo. Se abrió un cuaderno, donde debían apuntarse cuidadosamente las ventas, otro para los fiados, y entonces la tienda quedó lista para que la gente fuera a comprar.

Aquella noche se presentó la primera discusión grave entre Gilberto y Elena. J. supo que había sido a propósito del mostrador, pero nunca logró entender cómo se había iniciado. Cuando regresó de caminar por la playa encontró a Elena enfurecida y a Gilberto más asombrado que cualquier cosa. J. sabía que cuando ella se ofuscaba así, nada ni nadie podía ya calmarla, había que esperar que su furia hirviera primero y después se cansara de sí misma, como los volcanes. Se llevó a Gilberto aparte y le dijo que no le hiciera caso, que la rabia se le pasaría rápido; Gilberto dijo que no se preocupara por él, que él ya sabía cómo eran las mujeres.

—Caprichosas que son, don J. —dijo.

Cuando Gilberto se fue, J. volvió a la tienda.

Elena fingió estudiar la lista de precios.

—No tenés que desautorizarme delante de todos esos hijueputas —dijo después de un rato, sin levantar la cabeza del cuaderno.

En su primer viaje a Medellín J. había comprado un chinchorro de nailon que medía quince metros de largo y tres de ancho. Era de tejido amplio, apto para sábalo y también para cojinúa grande. Se necesitaban cinco personas para manejarlo.

Salomón, hijo de doña Rosita, era el mejor pescador de la región. Silencioso y físicamente poco notable, tenía al parecer una extraordinaria afinidad con los peces. En épocas en que nadie sacaba nada, Salomón arrancaba al mar pargos de diez libras.

Era una persona muy pulcra. Jamás se veía sudado. Usaba camisas blancas muy bien planchadas, y a través de sus bolsillos se transparentaba el indio de los cigarrillos Pielroja. Su paquete no se mojaba nunca y cuando se terminaba conservaba la forma rectangular de cuando estaba lleno.

Ciertamente era un pescador extraordinario. Muchas veces, cuando pescaba desde la playa, J. lo acompañó y pudo comprobarlo. Los movimientos que su mano imprimía al cordel obedecían siempre a una razón precisa; algunas veces eran tanteos donde jugaba con las posibilidades favorables del azar; otras, movimientos exactos, absolutamente ganadores, que de haber sido ejecutados un segundo antes o después habrían llevado con seguridad a una derrota.

En sociedad con él se empezó a trabajar el chinchorro. Como todavía no era la época de buena pesca, los primeros resultados fueron modestos. Los hombres salían por la noche y trabajaban a trescientos metros de la playa durante tres o cuatro horas. J. nunca los acompañó, pero siempre le gustó mirar las luces de los botes mecidas por el movimiento del agua: el bulto de las canoas se adivinaba apenas sobre el mar y se oían las lejanas voces de los pescadores.

Mientras Salomón pudo ocuparse de él, el chinchorro se conservó como nuevo, o aún mejor que nuevo, pues iba curándose bien, adquiriendo una como profundidad de experiencia. Sus tejidos, al ser extendidos sobre palos clavados en la arena, brillaban bajo los primeros rayos del sol. Exhibían entonces una belleza delicada y fantasmal; el sol corría por los hilos, aún abrigados de humedad, y el viento producía pequeños oleajes en aquel conjunto de luces metálicas que, de lejos, parecían ellas mismas un detenido viento.

A mediodía, acompañado por su hijo mayor, llegaba Salomón a recogerlo. Nunca entraban a la casa antes de levantarlo. J. los veía trabajar desde el corredor, el hijo soltando la red de los postes y entregándosela doblada a Salomón, quien la iba recibiendo en sus brazos. Entonces se la echaba al hombro con un movimiento fácil y los dos caminaban hacia la casa.

Después de guardar la red en el cuarto de las herramientas, Salomón iba al corredor y, en cuclillas, conversaba un rato con J., casi siempre sobre pesca. Se fumaba uno o dos cigarrillos y se despedía. Rara vez aceptaba un trago. «Con el invierno va a llegar la pesca brava», decía siempre antes de irse.



Entonces llegaron las lluvias. Comenzó el primero de los dos inviernos que J. habría de vivir en aquella región; el primero de sus dos últimos sobre la tierra.

Gruesas nubes, gris oscuro, comenzaron a sobrevolar el mar, haciéndolo hermosamente lúgubre y eterno. Antes de que empezaran a caer las primeras gotas, el sol alcanzaba a meterse aún por algún roto entre las nubes, precipitando anchos chorros de luz sobre las oscurecidas aguas. Los rayos quebraban el espacio por todas partes, retumbando, y las gaviotas graznaban, altas, en el cielo. Entonces las nubes se unían completamente y gruesas gotas, que repicaban como piedras pequeñas contra las tejas de zinc, iniciaban aguaceros masivos que podían durar muchos días con sus noches. El calor pesado que precedía al descenso de las aguas se veía reemplazado por una frescura triste y sombría, y la plomiza definición de las nubes se perdía, como si la tierra se hubiera unido de nuevo con las aguas y ya no hubiera más separación entre luz y tinieblas. A veces se alcanzaba a oír desde la casa, mar afuera, entre la confusión de elementos, el ronroneo difuso de algún barco del que sólo se distinguía la sombra opaca.

Al principio del invierno, Elena y J. permanecían encerrados durante el tiempo que durara el aguacero. Un erotismo húmedo y oscuro se apoderaba entonces de sus huesos. Y mientras la lluvia caía pesada y monótona sobre los techos, ellos disfrutaban de sus cuerpos hasta el agotamiento. Sin embargo, cuando Elena debía levantarse para atender a algún cliente en la tienda, no tenía más remedio que mirar al exterior. La visión del mar oscurecido le oprimía entonces el corazón; la multitud de arroyitos embarrados que bajaban de la montaña y enfangaban los alrededores de la casa le daban ganas de llorar. El inmenso mango del patio, que en verano se levantaba como un rey, se veía ahora apabullado y empequeñecido por el agua. Todas y cada una de las cosas que miraba, los perros, las vacas quietas, las palmeras vencidas, el agua misma del mar, tenían expresión sombría. Una sensación de intensa soledad la sobrecogía entonces y regresaba de nuevo al cuarto, a buscar el cuerpo de J.

Después de dos o tres días de lluvia continua las aguas podían retirarse. Al despertar, luego de una larga noche de techos estrepitosos, J. se encontraba a boca de jarro con la luz y el silencio. «Escampó, hermana», le decía a Elena, sacudiéndola, y los dos salían al corredor.

Un universo como recién creado aparecía entonces ante sus ojos. El sol golpeaba sobre las hojas mojadas de los árboles, golpeaba contra la playa, golpeaba contra la espuma de las olas. Las sardinas casi repicaban en el aire al saltar sobre el agua. Bandadas de gaviotas, deslumbrantes en el nuevo día, revoloteaban en el mar, pescando en desordenada alegría.

Sin embargo, tales recesos duraban muy poco. Pronto las nubes volvían a acumularse y a oscurecer la tierra con su sombra pétrea. Cuando el agua se desplomaba de nuevo sobre el mundo, ellos recaían en su lubricidad desesperada y se

encerraban otra vez en el cuarto.

Hasta que Gilberto dijo:

—Es el tiempo bueno para sembrar los semilleros, patrón.

J. estaba en el corredor, al atardecer, mirando cómo la oscuridad pasaba de gris a negra. Elena dormía en el cuarto. Había que salir del letargo, escapar de aquella impotencia que le producía una pequeña úlcera de pánico en el estómago. En casi mes y medio no se había hecho ningún trabajo de importancia en la finca.

—Listo, Gilberto —contestó—. Mañana empezamos.

Al día siguiente, cubiertos por encauchados gruesos, empezaron a preparar los semilleros. Elena trabajó con ellos al principio; luego, cuando las repugnantes gotas de agua que se filtraban por el cuello y resbalaban por la espalda comenzaron a resultarle insoportables, cuando aquel calor húmedo que olía a caucho comenzó a resultarle insoportable, abandonó el trabajo y se metió de nuevo en la casa.

—Si la hijueputa máquina no se hubiera dañado, algo podría hacer, vida cagada —le dijo a J.

Comiendo, trataba de equilibrar el peso tremendo de su aburrimiento. No había terminado de desayunar cuando sus glándulas empezaban a presagiar con deleite neurótico el sáballo frito del almuerzo. Y entre una comida y otra devoraba mangos maduros, viciosamente.

Con las lluvias, tal como había dicho Salomón, llegó también la pesca abundante. Pero era tanta la abundancia que no tenían que arrojar la red todas las noches. Ahora salía repleta de peces más que suficientes para abastecer la casa y la vereda durante varios días.

La noche de la primera pesca importante, Salomón entregó a J. treinta cojinúas grandes, quince mojarras y cuatro sábalos de casi metro y medio cada uno. Era la mitad de lo que habían sacado.

—Déjenos la mitad de eso, Salomón, y llévese el resto para la vereda —dijo J.

Pero incluso eso resultó demasiado. Mercedes colgó parte del pescado sobre la estufa, para que se ahumara, y saló el resto. Cuatro días después el pescado salado comenzó a oler mal y tuvieron que tirarlo.

El vencimiento del préstamo que tenía J. en el banco coincidió con el clímax de aburrimiento de Elena durante aquel interminable invierno.

—Uno de los dos va a tener que ir a Medellín a tratar de renovar el préstamo — dijo J., sabiendo que sería ella la que habría de hacerlo.

—Listo —dijo Elena, rápida—. Me firmás una autorización y yo hago la vuelta.

Dos días después caminaba al lado de J. y detrás de Gilberto rumbo al pueblo. Como estaban mal de plata, habían decidido que viajara en el barco y no en lancha expresa. No llovía, pero el camino estaba hecho un barrizal. Elena y J. llevaban botas de caucho; Gilberto, las mismas sandalias de cuero que usaba en verano. Si el barro era hondo, sus pies producían un ruido de succión que asqueaba a Elena.

Una vez en el pueblo, debieron esperar todavía dos horas para la partida. A mediodía Gilberto los llevó a casa de unos parientes, donde les vendieron un gigantesco sancocho de mojarra; entonces, adormilados por el almuerzo, se sentaron en la playa sobre una canoa varada, a esperar la salida del barco.

Cuando Elena subió a la canoa que debía llevarla a bordo, empezaron a caer los goterones. Cuando subió al barco se desató el aguacero.

La embarcación era de madera y tenía unos doce metros de largo por cuatro de ancho. Estaba pintada de azul, amarillo y rojo. Diez bancas largas, sin respaldo, se alineaban paralelamente de proa a popa y una gran carpa protegía a todos los pasajeros de la lluvia. Elena acomodó su maleta en un sitio seguro y después se acomodó ella misma en una de las barandas, no lejos de la proa. Vio entonces a J., que miraba el barco desde la orilla. Le agitó la mano y él le contestó pero no se fue. Siguió allí, mirando hacia el barco. «Se está empapando», pensó Elena.

El último pasajero en subir fue un viejito centenario y cetrino que sufría del mal de Parkinson y fumaba tabaco con dedos temblorosos. Cuando lograron subirlo, el motor del barco comenzó a sonar y una densa humareda azul salió del cuarto de máquinas. «Con tal de que esta mierda no se vare por el camino», pensó ella. Entonces el humo se disolvió y el barco empezó a moverse.

Elena no quiso dormir en Turbo. Un carretillero le llevó la maleta hasta la estación y ella se sentó en una silla metálica a esperar la salida del bus. Cuando supo que no saldría hasta las nueve y media de la noche fue a un restaurante y se comió un plato con carne asada, yuca y una montaña de arroz sobre la que brillaba, como una estrella, un huevo frito.

A las diez de la mañana del día siguiente llegaron a Medellín. Elena sentía que se le calentaba el corazón a medida que entraban. Los pasajeros salían del cansancio aturdido que les había dejado la carretera y se mostraban habladores y alegres. El día era azul y transparente. Un viento seco y cálido entraba por la ventanilla. Con el aliento deliciosamente cortado, entrecerrando los ojos, Elena dejaba que el viento le revolcara el pelo mientras algunos pasajeros la miraban.

Cuando la mamá le abrió la puerta, un espeso olor a veladoras la golpeó en la cara.

—¿Todavía quemando porquerías? —dijo Elena—. Un día de estos se intoxica. La mamá soltó algunos reproches infantiles.

La casa estaba en brumas. Por todas partes había santos con veladoras encendidas. Elena llevó la maleta al cuarto que había sido suyo.

—¿Va a comer algo, Elenita? —preguntó la mamá.

Elena dijo que más tarde, que ahora se iba a pegar un baño «ni el berraco».

—¿Y William?, ¿sigue viniendo por aquí? —preguntó desde el baño.

—Casi a diario, m'ija —dijo la anciana—. Vienen por las tardes, él, Luz Marina y los niños. Para buen hijo, William, Dios me lo proteja.

Un chorro grueso salió del tubo y se fue a estrellar contra el piso del baño.

Por la noche, después de comer, Elena salió al parque. Un sueño largo después del almuerzo le había quitado el cansancio por completo. Aquello era Envigado, viernes por la noche, y las heladerías estaban repletas de gente.

Elena se encontró con Jaime Díaz y Roberto D'Alleman, que bebían en una heladería llamada La Puerta del Sol. Los dos habían sido compañeros de J. en las grandes borracheras anteriores a la ida para el mar. Se amanecieron bebiendo. Ella no mencionó para nada el agudo tedio que había llegado a atormentarla en la finca; exageró, por el contrario —utilizando algunas expresiones de J.— las virtudes de la vida tranquila del mar en contraposición a la intoxicante vida «al pie de las chimeneas de Coltejer».

A las siete de la mañana entraba a la casa, ojerosa e inestable, ante la mirada asustada y escandalizada de la mamá.

—Dígale a J. que esta es la última renovación que puedo conseguirle —dijo el gerente del banco.

Se llamaba Fernando y había sido compañero de J. en el colegio. Era un individuo casi completamente calvo, a pesar de su juventud, y extraordinariamente serio. «Puede que sea un berraco como banquero», opinaba J., «pero en lo demás es una güeva inmensa».

La opinión de Fernando sobre Elena no fue favorable. Había oído decir que J. se había amancebado y conocerla fue la confirmación de sus prejuicios. La trató con cierta mezcla de deseo y desprecio que se manifestó en una altanería cortés, de muchas sonrisas y mejillas coloradas. Ella sintió cierto desagrado visceral por el tipo.

Después de lograda la renovación, permaneció todavía quince días en Envigado. Llevó entonces la misma vida desordenada e intensa que había compartido con J. durante los meses anteriores a su escapada para el mar.

El viaje de regreso duró treinta horas. Un derrumbe descomunal bloqueó la carretera poco después de salir de Medellín, e infinitas hileras de vehículos se acumularon en el flanco de la cordillera. Durante muchas horas, y mientras los buldóceres trabajaban con la tierra, los pasajeros trataban de sobrellevar el tedio: dormían, conversaban sin ganas, comían huevos duros y salían a orinar al borde de la carretera.

Elena durmió la noche entera con un sueño ciego del que emergió a la madrugada, sobresaltada por el motor del bus que arrancaba de nuevo. Despertó con un mal genio feroz. «Tocarme a mí este derrumbe de mierda, vida cagada la mía», fue lo primero que dijo, para estupefacción de la señora que viajaba al lado.

Cuando el bus cruzaba las plantaciones de palma africana, un aguacero espeso se desplomó sobre la tierra. Los limpiabrisas se movían frenéticamente, incapaces de despejar la avalancha que caía contra el vidrio. El bus avanzaba con cautela, con las luces encendidas, mientras los pasajeros se sentían aturridos por el ruido del agua contra la carrocería y como apretados por el vaho que se acumulaba en las ventanillas.

De ese aguacero salvaje salieron poco antes de llegar a Turbo. Cuando el bus entró a la plaza caía una lluvia estable, de ritmo lento y al parecer eterno. La plaza estaba hecha un barrizal. La gente cruzaba las calles con mucho cuidado, arremangándose el pantalón para protegerlo del lodo.

Elena maldijo el pantanero.

Cuando la lancha entró a la bahía, ella se extrañó por la ausencia de J. Había esperado verlo en la playa agitando los brazos y se sintió decepcionada. No llovía, pero las nubes oscurecían el mar. Lo encontró en la cama, leyendo, con los pies cundidos de hongos.

—Las botas de caucho —explicó él, señalándose los pies con un gesto de la

cabeza—. Ni sentado aguanto el dolor.

Se besaron y ella se sentó en el borde de la cama a mirarle los pies.

—Estás llevado —dijo.

Los hongos eran unas costras blancas que clavaban pequeños tentáculos en la piel, causando una picazón terrible. Cuando se metían debajo de las uñas el dolor era inaguantable. Debían ser extraídas cuidadosamente, y en la carne, que quedaba lívida y agujereada, había que colocar gruesas capas de fungicida. El tratamiento era largo, tenaz y doloroso. Los hongos que se extraían en las noches reaparecían por las mañanas.

Elena se incorporó a la pelea de inmediato y con gran eficiencia. Como J. era en extremo cobarde para el dolor físico, necesitaba de alguien que lo obligara, casi autoritariamente, a soportar el tratamiento. Ocho días después de la llegada de Elena era aún incapaz de caminar, y sólo después de quince días comenzaba a dar sus primeros pasos adoloridos por los corredores.

Poco a poco comenzaron a menguar las lluvias. Cada vez las nubes se demoraban más en acumular un nuevo aguacero, y las treguas de sol se hacían cada vez más amplias.

Elena trajo de Medellín los repuestos para la máquina de coser. Ya reparada, la Singer fue instalada tras el mostrador de la tienda, lo que le permitía a Elena trabajar mientras despachaba. De Medellín trajo también un gran rollo de tela estampada con grandes flores rojas. El mismo día de su llegada empezó a tomar las medidas, y a finales del invierno ya había cortinas en todas las ventanas de la casa.

J. disfrutó con esa minuciosa encortinada. Cada vez que llegaba de los potreros se sorprendía con la visión de la decrepita casona de madera que relampagueaba con flores de cretona. Y por las tardes, cuando llegaban los fuertes vientos del mar, J., sentado en el corredor, disfrutaba oyendo los latigazos que la brisa arrancaba a aquellas flores rojas enloquecidas en las ventanas.

Ya iban disminuyendo las lluvias cuando brotaron los cocos del semillero. «Venga le muestro una cosa, patrón», le dijo Gilberto una mañana, después del desayuno, y caminaron hasta el lugar. En el tope de algunos de los cocos habían aparecido codos húmedos de apariencia fetal; en otros se habían empezado a desplegar los abanicos.

Para J. era muy nítida la imagen de lo que sería la finca dentro de algunos años. Los minúsculos abanicos, de un verde muy fresco, habrían de convertirse en una apacible plantación de coco que se extendería a lo largo de la playa y ocuparía el terreno frente a la casa y aquel donde se levantaba la casa misma. Una nueva vivienda, que nada tendría que ver con tejas de zinc o pilotes, se levantaría en la cima de la loma donde se apoyaba la edificación actual. A J. nunca le gustaron esas tejas sofocantes y bullangueras, ni tampoco el repulsivo espacio que había debajo de los corredores, donde irremediamente iban a parar inútiles enredajos de alambre, pedazos de ladrillo y tablas de desecho. La casa dominaría el mar desde un sitio más alto y se alejaría del fango de los corrales, que en invierno llenaba de moscas desayunos y almuerzos y anegaba la respiración con emanaciones de boñiga repisada. Muy a menudo Elena y J. subían hasta el sitio donde se construiría la nueva casa y discutían la futura distribución de cuartos, baños y ventanas.

A finales del invierno se apoderó de J. la compulsión de sembrar. Sembró mangos en lo que habría de ser el patio de la nueva casa, un plantío de piñas en la falda de la loma —dejando libre una franja de tierra hasta la cima, por la que treparía una escalera de piedra— y naranjos alrededor de los corrales.

Y también a finales del invierno comenzó a escribir en el mamotreto que, a falta de mejor nombre, llamaba «el libro». Era un tomo de cuero negro con dos mil hojas blancas que había empastado un amigo suyo, obrero de Coltejer, aficionado a encuadernar cosas. La idea del amigo había sido empastar, y luego escribir, un gran libro. «Un libro el hijueputa», explicaba, «con palabras todas del diccionario». Y

como a J. siempre le habían interesado ciertas aventuras intelectuales perdidas que lo acompañaban de algún modo en su propia ambigua —y tal vez confusa— rebelión contra la cultura, el asunto le llamó la atención. Cuando se encontraba con su amigo le preguntaba con sincero interés por el progreso del libro. «Voy en la página quince», podía responder el otro con gesto cansado, como de maratonista. «Apenas lo termine te lo muestro».

Pero nunca lo terminó. A la altura de la página treinta, y sin mostrarle nada a nadie —ni siquiera a J., a quien respetaba—, arrancó y quemó lo escrito. La burla que en algunos de sus amigos provocó la intención de mantenerse dentro de los límites del diccionario había sido tal vez demasiado fuerte para él.

—Yo soy un hijueputa obrero, hermano, y a mucha honra —le dijo a J.—. Así que quedate vos con el libro, que a lo mejor vos sabés trabajarlo.

Pensando que podía serle de alguna utilidad en la finca, pero sobre todo por cariño con el objeto en sí y con su historia, J. lo incluyó —mil novecientas setenta páginas en blanco— entre las cosas que los acompañaron al mar.

«Junio 4/76: don Eduardo nos trajo hoy cuatrocientos cogollos de piña. Los cobró a dos pesos unidad. Los trajo en un burro viejo que tiene, al que llama Criatura de Dios.

»Hay unas nubes gruesas que se están acumulando por el sur. Si nos ponemos las pilas a sembrar hoy y mañana, a lo mejor el agua agarre a los cogollitos recién sembrados.

»Don Eduardo dice que conoce un emplasto vegetal muy bueno para prevenir y combatir mis hongos. Elena no cree en nada de lo que dice el viejo —que no es tan viejo, según dicen—, pero con tal de que no me vuelvan yo me pongo en los pies las matas que sean.

»Una de las vacas parió anoche un ternero muerto.»

No habían tenido suerte con el ganado. Ya el primer mes de su llegada un rayo fulminó a una vaca con su cría. Poco tiempo después desaparecieron dos animales, al parecer robados. Hubo indagaciones y se denunció el robo en la inspección —el policía no sabía usar la máquina y J. debió teclear la denuncia él mismo—, pero nada pudo esclarecerse. Vagas sospechas, engendradas por una difusa y casi impersonal acusación, señalaban a Roberto, hijo menor de doña Rosa y oveja negra de la familia, como culpable; también a Juan, el tendero, como supuesto comprador. Este último tenía fama de comprar cosas robadas, y Roberto, de calavera y poco trabajador. Pero nadie, aparte de Elena, habría estado dispuesto a jurar que ellos eran los culpables, y Elena no tenía ninguna prueba.

Total, que ahora había las mismas veintinueve cabezas del principio. Los animales nacidos habían compensado las pérdidas, pero estaban por criar y engordar. Entonces, en parte tratando de aumentar su ganadería a la fuerza, en parte porque se



antojó del animal, J. compró un magnífico cebú reproductor. Lo compró contra la opinión de Elena y del mismo Gilberto, quienes pensaban, con razón, que no se necesitaba, pues un vecino les alquilaba barato un buen reproductor. El animal era manso, inmenso como una catedral, patriarcal; una barroca y sólida estructura llena de pliegues y cascadas musculares, que lucía espectacular en los potreros.

—Un lujo de la naturaleza —había comentado J.

—Además de un gasto inútil —dijo Elena.

La disminución de las lluvias le había cambiado el genio. Del mutismo amargo pasó a la acidez atenta, tono que ahora usaba casi siempre, aun en sus manifestaciones de cariño. Además de ocuparse de la tienda, de la máquina de coser —cortinas, manteles, sábanas— y del exigente control de la maquinaria doméstica, se dedicaba ahora a darse largos baños de mar. Usualmente salía a las once de la mañana con la toalla al hombro y un frasco de bronceador en la mano, y regresaba poco después de mediodía. Y muchas veces se quejó con J. de que los negros pasaban demasiado cerca de donde ella tomaba baños de sol, y con demasiada frecuencia, nada más para mirarla.

Mercedes debía estar atenta a su regreso y esperarla con el almuerzo servido. Cuando no lo encontraba sobre la mesa la regañaba, cortante. Cierta sequedad en su trato con la gente empezaba a hacerse costumbre y tendía a acentuarse. Ya Gilberto, en particular, se había quejado a J. del trato brusco que Elena daba a su mujer.

—A mí no me importa lo que me diga, patrón —le dijo—, pero mi mujer es muy nerviosa y tanta recargadera la va aburriendo.

A J., por su parte, no le interesaba demasiado la mujer de Gilberto e incluso podía estar de acuerdo en que a veces era perezosa y poco útil. En cambio temía perder a Gilberto, persona en extremo diligente y entusiasta que sabía apersonarse de los problemas de la finca como si fueran propios.

Un día Elena regresó del baño y encontró que no había almuerzo.

—He estado con fiebres, señor —dijo Mercedes, que se había amarrado un trapo en la frente y parecía realmente enferma.

—Con fiebre o sin fiebre, en esta casa se tiene que almorzar —replicó Elena. Sentía tanta rabia que las palabras se le enredaban en la cabeza.

—Pero señor...

—¡Nada! Aquí no vamos a aguantar hambre cada que usted se quiera hacer la apestada. Póngase a mantequear, hermana, que para eso le pagamos.

Cuando J. llegó a la casa encontró a Elena con la cara sombría. Mercedes, con el trapo amarrado en la frente, lloraba en la cocina.

Lo encegueció la rabia.

—¿Vos es que te vas sintiendo reina aquí? —gritó, sin esperar que Elena explicara nada.

Quedó estupefacta. Por primera vez desde que lo conocía lo veía realmente furioso. Y como J. continuó regañándola a voz de grito, ella también se enfureció, se

le echó encima y le largó una cachetada. Él la agarró por las muñecas y, con un voleo fuerte y circular, la envió trastabillando por el corredor. Sin levantarse, Elena lloró amargamente.

J. salió de la casa.

La reconciliación no fue fácil. Cuando él volvió por la noche encontró que en la cara de Elena se había instalado una máscara rígida y fría. Se desvistieron sin hablarse y se metieron a la cama. Cada uno evitaba cuidadosamente cualquier contacto con el cuerpo del otro. Cuando un codo de J. la tocó por accidente, ella se retiró como si la hubieran quemado con cigarrillo; después se durmió en el borde de la cama con un sueño inamovible y profundo.

J. estuvo un rato tratando de leer —«No os dejéis consolar», decía el poeta, «vuestro tiempo no es mucho, el lodo a los podridos, la vida es lo más grande, perderla es perder todo»—, pero no lograba concentrarse. Fue una noche muy larga. Cerró el libro, sopló el mechero y la noche empezó a meterse en el cuarto, dulce e implacable. Entró crecido el ruido del mar; entraron los sonidos —y el silencio— de la selva cercana; se oyó el ladrido de perros lejanos.

J. salió al corredor en pantaloncillos. No había luna, pero la noche estaba clara. Se sentó en la mecedora roja de mimbre, muy cómoda, que le había vendido doña Rosita. Colocó los cigarrillos y los fósforos en el piso, encendió un cigarrillo y se puso a mirar el agua. La espuma de las olas soltaba un débil resplandor. Mar adentro se alcanzaba a adivinar el horizonte. Por un momento J. creyó ver las luces de un barco en alta mar, pero cuando trató de enfocarlas desaparecieron.

Sintió un lengüetazo tibio y rugoso en la rodilla, que le puso el corazón en la boca. Emitió primero un ronco grito de terror, después maldijo al perro y le pegó una patada en el estómago. El animal chilló, se alejó corriendo y se sentó en un extremo del corredor a mirarlo. Cuando el pavor se fue, J. sintió remordimiento, llamó al perro y comenzó a acariciarle la cabeza. Era un animal mediano, de color amarillento, que se llamaba Káiser.

—Káiser, hijueputa, me asustaste —le dijo en voz baja—. Káiser berraco, perrito de mierda.

El animal, perro de pobres al fin, poco acostumbrado a caricias, comenzó gemir suavemente. Cuando quiso lamerle los pies, J. lo empujó sin brusquedad.

—¡Quieto! —le dijo, y el animal se echó al lado de la silla.

Después de muchos cigarrillos y mucho cavilar sobre su propia vida sintió que el sueño, como una aurora, empezaba a llegarle. Cuando fue a acostarse encontró a Elena dormida en la misma posición. «Hasta dormida está rabiosa», pensó. Al día siguiente todo continuó igual. Elena se pasó la mañana entera sentada frente a la máquina, trabajando en silencio. A mediodía se puso el vestido de baño y salió para el mar; regresó a las dos de la tarde y se dedicó a hacer un balance de lo que había en la tienda.

Hasta ahora los resultados habían sido apenas satisfactorios. Un mes después de instalada era ya claro que no podían considerarla como fuente principal de ingresos. La gente de la región era pobre y fiaba demasiado. Además la competencia con las

tiendas del pueblo era difícil; de algún modo se las arreglaban para mantener a los vecinos de J. como clientes.

La plata que habían reservado para subsistencia empezaba a agotarse y ya parecía urgente encontrar alguna manera segura de sobrevivir. J. había hecho los cálculos pertinentes a la explotación de la madera, pero quería agotar cualquier posible recurso antes de iniciar una tala que le repugnaba a fondo.

De las doscientas hectáreas que constituían la finca sólo cien eran potreros, el resto lo formaban selvas casi vírgenes, donde abundaban la ceiba, el roble y el caracolí. Era claro que una vez decidido a explotar la madera debía hacerlo a fondo, con el mayor volumen y rapidez posibles. Ya había pensado en el sitio para construir el galpón que alojaría a los trabajadores, y calculado en diez el número máximo de hombres que iba a necesitar. Julito le prometió transporte seguro y barato hasta Turbo, y además lo puso en contacto con un comisionista, quien le prometió los hombres que necesitara cuando los necesitara y le explicó el tipo de arreglo que se hacía con ellos: se les pagaba un precio por rastra cortada y se les aseguraba la manutención, a la que se fijaba un precio que sería descontado mensualmente de la plata adeudada al trabajador.

También había calculado en cuatrocientos mil pesos el capital necesario para iniciar la explotación. Si no sucedía algún milagro que les evitara acabar con el monte, en dos meses J. debía viajar a Medellín para hablar con Fernando y convencerlo de que les renovara otra vez el préstamo. Si lo hacía, deberían entonces meterle hasta el último peso al negocio y darle el impulso suficiente para pagar al banco y subsistir lo más decorosamente posible.

«Julio 13/76: Elena lleva cuatro días brava. No le ha valido nada. No sé qué es lo que tanto cose en esa máquina, que ronronea el día entero. Ya le pedí disculpas, pero ella ni contesta. Tal vez lo mejor sea dejarla sola y que se desenfurezca cuando le dé la gana.

»Hay que viajar a Turbo otra vez, no hay arroz ni aceite y los puchos se están acabando. Que vaya ella a ver si se ventila.

»Hace quince días no llueve, nos ha tocado traer el agua en galones para regar los semilleros, la bomba se dañó otra vez. La falta de agua en la casa es de lo duro que hay, sobre todo por Elena. Don Eduardo quedó de mirar la bomba, pero no ha venido todavía. Ojalá el viejo sea capaz de meterle mano, de otro modo nos tocará traer un técnico. Aunque parece simple su mecanismo, la tal bomba es todo un lío de arreglar. Gilberto casi se saca un ojo con ella. Es posible que el Altísimo, con mediación de don Eduardo, sea capaz.

»Ayer estuve en el monte. Mientras más miro esos árboles menos me entusiasma la idea de cortarlos. Pero como vamos no habrá más remedio. Tocaré participar en la Gesta del Hacha, como dicen los poetas de la raza.

¡Paso a la civilización, ceibas de mierda!»

Elena en efecto viajó a Turbo con la lista de mercancías. Pero ventilarse, no se ventiló. No cometió un solo error en su viaje, trajo todo lo que se necesitaba —e incluso lo que no estaba en la lista, pero sabía que se necesitaba— y no se dejó robar por los tenderos. Pero llegó tan fría y silenciosa como se había ido.

Poco tiempo después recibieron la visita de don Gabriel E., millonario de Medellín, y su hijo. Don Gabriel era dueño de una de las fincas colindantes —grande, de casi quinientas hectáreas— y se decía que era un poco tonto y un poco loco. El hombre había comprado la finca en invierno, cuando brotaba agua de todos sus rincones, para verla researse en el primer verano como un cuero viejo. Un error descomunal. En verano el ganado debía trasladarse a las fincas que quedaban con agua, y había que pagar entonces por los potreros donde pastaban. De tal forma que aquellas hermosas hectáreas no sólo no eran rentables, sino que daban pérdidas.

La tontera de don Gabriel le había llegado después de viejo. Para evitar que cometiera otras equivocaciones como la de la finca, su hijo lo acompañaba siempre como una sombra. Era un hombre joven, de frente abombada y actitud de ejecutivo. Había sido compañero de J. en la Facultad de Ingeniería.

—Qué más, hermano —gritó desde el caballo.

Era mediodía y J. hacía la digestión sentado en el corredor. Había visto salir los caballos del monte y por un momento no pudo reconocer a los jinetes. Los caballos caminaron lentamente por la playa. Cuando el hombre joven saludó, él los reconoció. «Es el güevón de Ramiro», pensó, «y la güeva de su progenitor...».

—Qué más, Ramiro —dijo, afable—. ¡Sigán!

Cuando los hombres estuvieron en el corredor J. les tendió la mano.

—Gusto de verlo, don Gabriel —le dijo al viejo.

—Lo mismo le digo, joven —respondió don Gabriel, y se sentó en la silla de mimbre sin pedir permiso.

Era un señor de unos sesenta y cinco años, muy blanco y casi completamente calvo. Siendo huesudo, ostentaba una vejiga grande que al sentarse subía casi al esternón. Antes de atontarse había sido un hombre dominante, acostumbrado al poder; ahora se mostraba vagamente patriarcal, intentando tal vez ajustarse a la imagen del anciano padre de familia antioqueño. Vestía *shorts* blancos, de los que se usan para jugar tenis. Sus muslos, salvajemente escaldados por el sol, estaban cubiertos por una gruesa capa de leche de magnesia. Al parecer había tenido fiebre, pues tenía lamparones rojos en las comisuras de la boca. Usaba zapatos negros de apariencia fuerte, de los que la gente compra para que duren.

—Siéntese a mi lado, joven —dijo, y J. acercó su silla, tratando de quedar lo más lejos posible del viejo. No le gustaban los ricos, mucho menos los ricos decrepitos que olían a leche de magnesia.

Durante un buen rato don Gabriel estuvo interrogándolo con tono en parte autoritario, en parte paternal. Quiso saber cuánto le había costado el toro y a quién y dónde lo había comprado; quiso saber sobre los potreros de la finca, la posible utilidad de la selva, la rentabilidad de la tienda y el proyecto sobre la nueva casa; quiso conocer cómo estaba J. de plata y qué otros negocios tenía, había tenido o

esperaba tener... Y entonces, después de que preguntó lo que le dio la gana — excepto cuánta agua tenía la finca en verano— y recibió respuestas vagas que al parecer lo dejaron satisfecho, se largó a dar consejos. Sin que nadie le preguntara nada se explayó primero en una explicación confusa sobre la manera como se debía combatir la aftosa; después recomendó, casi ordenó, sembrar una variedad de maíz multicolor que se había inventado en Norteamérica; luego desenredó un gran ovillo sobre las últimas técnicas en inseminación artificial, y finalmente aseguró que Ramiro, para vender la finca, tendría que pasar sobre su cadáver.

—Caminá J. me mostrás el animalito —cortó Ramiro entonces.

Después de pedir permiso a don Gabriel («es mejor que vos no vayás, papá, acordate que mientras menos te asoliés, mejor»), Ramiro y J. salieron para el potrero.

—No le hagás caso a mi papá —dijo Ramiro—. Últimamente ha perdido mucho, ¿entendés?

Que el viejo había perdido mucho no era un secreto para nadie. Lo que J. no entendía era por qué Ramiro estaba disculpándolo; otras veces había oído a don Gabriel decir bestialidades a viva voz y nunca hasta ahora oyó a nadie de la familia que lo disculpara.

Antes de llegar a donde estaba el toro, J. encontró la explicación del asunto: sencillamente Ramiro quería venderle la finca. Y, en efecto, no habían caminado mucho cuando le propuso un negocio claro y difícil de rechazar: le entregaba la finca para que la pagara en contados, uno dentro de tres años y otro dentro de cinco; ahora mismo no tenía que dar ni un peso, y el interés sobre la deuda quedaba por debajo del bancario.

Era claro que el hombre no quería que su papá botara más plata en una finca sin esperanzas. Además J. lo conocía bien y sabía que Ramiro era incapaz de vivir demasiados días lejos de su ciudad; una finquita mediana, a no más de media hora de Medellín, era lo que necesitaba; y esas quinientas hectáreas selváticas, situadas casi en Panamá, con seguridad alcanzaron a agusanarle más de una noche de sueño.

Ramiro miró el toro con respeto e indiferencia. El animal pastaba apaciblemente, rodeado de garzas blancas. Se asombró al conocer su precio y más aún al saber que había sido pagado de contado; al parecer J. tenía plata y no la invertía muy racionalmente.

De regreso a la casa continuaron discutiendo el negocio. J. dijo que estaba interesado, pero que debía pensarlo unos días.

—Pensalo lo que querás —dijo Ramiro—, mi papá y yo nos quedamos todavía un rato por aquí, así que tenés tiempo.

Como ya lo importante se había hablado, Ramiro, por decir algo, preguntó sobre la proyectada explotación de la madera. Con desgano, pues sabía que al otro en realidad el tema no le interesaba, J. le dio algunos detalles insustanciales:

—Se trata de arrasar el monte —dijo al final—. Es una operación más bien sencilla, vos sabés...

Cuando llegaron a la casa, Elena conversaba en el corredor con don Gabriel. J. vio la mano del anciano, nudosa como una raíz vieja, reposando en la rodilla morena. Don Gabriel no cambió de postura al verlos, seguramente esperaba que esa mano en la rodilla fuera tomada como un gesto paternal. Elena se apoyó filialmente en el hombro del viejo, pidió permiso para levantarse y fue a besar a J. en la mejilla. Era el primer gesto cariñoso hacia él en muchos días, de hecho era el primer gesto de cualquier clase hacia él en muchos días. La necesidad de escapar de aquel pedazo de momia en su rodilla al parecer había acelerado los términos de la reconciliación.

—Don Gabriel me enseñaba cómo acabar con la aftosa —le dijo a J.

—El papá de Ramiro es una de las mayores autoridades en aftosa al sur de México, hermana. No le perdás palabra.

El viejo pareció halagado; Ramiro sintió un molesto cosquilleo en el cerebro.

Antes de irse, don Gabriel expuso un grandilocuente sistema para la cría de ovejas de carne en la región. Ya montado en el caballo, llamó a J. y, hablándole al oído, le repitió que la finca se vendería sobre su cadáver. J. le dijo que estuviera tranquilo.

—Estamos hablando entonces, hermano —dijo Ramiro—. Esta semana vuelvo para que cuadremos todo.

Elena y J. permanecieron de pie en el corredor, mirando alejarse los caballos.

—Voy a echarme un bañito en el mar, no me demoro —dijo J. cuando los caballos desaparecieron—. Si viene la aftosa, decile que espere, que ya vuelvo.

Elena agachó la cabeza para no sonreírse.



«... Y entonces se repletó de hectáreas. No es que yo quiera criticarlo, pues lo quise tanto como cualquiera, pero francamente me da la impresión de que se dejó tocar por cierto delirio de grandeza. Al momento de su muerte era dueño de casi mil hectáreas, ¿te fijás? Y estaba al frente de un aserradero loco (según me han dicho) en el que los aserradores cortaban la madera que les daba la gana, como y cuando les daba la gana. Ni un asomo de racionalidad en nada de lo que hizo allá, según parece. Y debió ser cierto, porque la última vez que lo vi en Bogotá se pegó una borrachera tremenda y empezó a maldecir a todo el mundo, como un reblandecido. Insultó a mi mamá, a mí, a vos, a Elena y a la raza humana en general. “El ser humano es una mierda, el ser humano es una mierda...”. Como mil veces, hasta que se fue a dormir. Al otro día no se acordaba de nada de lo que había dicho o hecho. ¿Te imaginás uno en esas condiciones manejando a quince aserradores de Turbo, aviones como el que más? Creo que Jorge tiene razón: esa mezcla de literato, anarquista, izquierdista, negociante, colono, *hippie* y bohemio no tenía ningún chance de sobrevivir. Mucho que haya llegado a los treinta y cuatro años a los que llegó.

»Seguramente esta carta te va a confundir más de lo que ya estabas. Pero la cosa es que no soy precisamente la persona más indicada para esclarecer semejante embrollo. Si te escribo es para acompañarte allá, donde estás sola y su muerte te debe estar golpeando en forma, y no por creer entender algo sobre el asunto. Yo fui el más sorprendido al enterarme de lo que estaba haciendo en la finca. Hasta donde entendía, se trataba de un proyecto sin más pretensiones que la de disfrutar el mar, una buena canoa para pescar y remar, y algunas vacas y gallinas. Cuando me preguntó mi opinión sobre la compra de la primera finca le dije que me parecía muy grande, pero que él no tenía necesidad de vivir en toda la tierra ni de caminársela todos los días. Cuando compró la segunda, no me preguntó nada, pues sabía que iba a parecerme insensato. ¿Quería ser terrateniente tal vez? No lo sé, todavía no me lo explico. En los últimos tiempos, vos sabés, nuestra amistad se había enfriado un poco.

»Y ahora que toqué ese punto quisiera aclararlo bien, para tranquilidad mía y tal vez tuya. Nosotros de todas maneras nos queríamos mucho. Hasta el final nos quisimos mucho, lo sé. Pero él, sobre todo con tragos, había cogido el vicio de atacarme por mi supuesto intelectualismo. Decía, en resumen, que me habían sofisticado en Bogotá, que me habían amanerado el cerebro. Esas críticas me dolían mucho pues las hacía desde una especie de machismo primitivo —y falso— de hombre sin Dios ni ley, un reblandecimiento algo ridículo de creerse hombre superventado, mezcla entre Jimi Hendrix y algún personaje de *La vorágine*. Una vez fui a visitarlo a Envigado y no me gustó nada lo que vi. Ya llevaban viviendo algún tiempo en la finca y esta era la primera vez que venían juntos. Llevaban ocho días tomando cada noche y cuando yo llegué al apartamento estaban en la mitad de una farra fuerte, con mucho alcohol, vareta y *rock* del duro, rodeados de un hormiguero

de gotereros. Tanto Elena como él se representaban en su papel de ventiaños, gente que no creía en nada ni en nadie, curtidos por el mar y el salitre, etcétera.

»Como siempre, J. era el que ponía el trago, la yerba, la música y hasta la comida.

»Estuvieron insoportables. Desplegaron una muy desagradable agresividad, cierto humor irrespetuoso y fácil, y mucho anarquismo, también fácil. Claro que al otro día, con la resaca, se veían otra vez amables y comunes y corrientes. Elena incluso muy suave, sin ninguna de las actitudes de concubina orgullosa que se le habían visto por la noche. Cuando, tal vez con poco tacto, le advertí a J. que se debía poner en guardia contra la adulación —y el gotereo— de esos envigadeños montañeros, se armó un alegato de padre y señor nuestro. Me dijeron —no sin razón, tal vez— que yo mismo era un envigadeño, sólo que sofisticado por una facultad de Filosofía y Letras de Bogotá, que me había dedicado a masturbarme con los libros por miedo a enfrentar la vida en carne y hueso, que hacía de juez con demasiada propiedad, con gusto, etcétera. Yo les dije lo que ya escribí arriba: que él se estaba creyendo [algunas palabras tachadas] y ella una versión rocanrolera de María Félix. Después de la garrotera hicimos las paces, por supuesto, y J. incluso llamó “María” a Elena toda una tarde. Pero de ahí en adelante nos seguimos tratando con prudencia, tomándonos el pelo por encimita, sin ahondar en nada y cada uno convencido de que tenía razón contra el otro...».

El jefe de meseros descorchó el vino y sirvió un poco en la copa de Fernando, el gerente del banco, quien lo olió —ya había olido el corcho— y dijo que era bueno. Cuando el mesero se fue, Fernando dijo que había mejores, pero que no era malo. J. lo había llamado para decirle que quería hablar con él en algún sitio distinto del banco, y Fernando lo invitó a almorzar al Club Medellín, del que era socio. «A hablar de Europa, vida cagada la mía...», pensó J. y le pidió a Elena que lo acompañara. «No tengo ganas de ver al cara de nalga ese», respondió ella.

Fernando había vivido cuatro años en Francia, J. dos en Inglaterra. Y como J. necesitaba mucho la renovación del préstamo, no tuvo más remedio que ir, y solo, a hablar de Europa. Los cuatro años de Fernando en Francia habían sido los más importantes de su vida; en ese tiempo fue loco y bandido, robó enlatados en los supermercados, libros en las librerías y aprendió a llamar a Colombia sin pagar desde los teléfonos públicos. También fueron los años más artísticos de su vida; conoció catedrales y artistas e incluso llegó a ser amigo personal de Paco de Lucía. De eso hablaron, entonces, mientras Fernando se tomaba el vino a tragos pequeños, disfrutando del *bouquet* minuciosamente, como un conocedor.

Cuando les sirvieron la comida, J. aprovechó una pausa en el tema y, muy solemne, pidió consejo profesional. Le habló a Fernando del proyecto del negocio maderero y le pidió su opinión. Halagado por la consulta, el otro expuso pros y contras con mucha claridad. Se inclinó por los pros, pero advirtió juiciosamente que se debía conocer el negocio sobre el terreno antes de arriesgar una opinión definitiva. «De pronto te caigo por allá en vacaciones», dijo cuando J. lo invitó a la finca. Les retiraron los platos y Fernando pidió un *pousse-café*. «Un *pousse-café* después de las comidas es sumamente digestivo, eso lo aprendí de los franceses», dijo, y J. lo miró con ojos irónicos y desprovistos de afecto.

J. se tomó el licor pensando que estaba «putamente dulce» y planteó con aplomo la necesidad que tenía de que se le renovara el préstamo. Fernando alabó primero el *pousse-café* y entonces comenzó a hablar despacio, muy despacio, sobre el asunto. Al parecer venía preparado, pues dijo muchas cosas antes de que el otro supiera la definitiva. Mencionó la declaración de renta de J. —nada buena, al parecer—, mencionó su amistad de años, habló sobre su propia posición en el banco y lo escrupuloso que debía mostrarse en el otorgamiento de préstamos. Por último dijo que sí, que renovaba el préstamo, pero que ya sería la última vez. Se puso ligeramente colorado y encendió un cigarrillo. J. le dio las gracias y prendió otro cigarrillo. Botando humo por boca y narices preguntó un detalle cualquiera sobre los años de Fernando en Francia.

La nueva finca tenía dos ranchos de palma, cada uno con dos cuartos, y su compra solucionaba el problema del alojamiento para los aserradores. Uno de los ranchos necesitaba ciertas reparaciones, pero el otro estaba listo para ser usado. Al regresar de Medellín, donde, además de renovar el préstamo habían firmado la promesa de compra de la finca, J. y Elena hablaron en Turbo con el contratista que Julito conocía. Siete aserradores desembarcaron entonces con ellos frente a la casa, cada uno con una sierra portátil de gasolina. También se desembarcó un barril grande con el combustible que J. había comprado para venderles. Pesaba toneladas y fue muy difícil moverlo en la playa. A falta de mejor sitio lo pusieron en un cobertizo que se había hecho construir a unos veinte metros de la casa, donde había conejos y curíes, regalo especial de don Eduardo, siempre tan bíblico. A J. le disgustó ver esa caneca fea, que largaba vapores fantasmales con el calor, entre sus animales. «Habría que conseguirle un mejor sitio», pensó. «Pero de todas formas tendrá que estar a mano para las ventas, y además para que no se roben la gasolina...».

Ya Julito le había advertido sobre los aserradores. Según él se trataba de gente de lo peor, acostumbrada a ser manejada a la brava, carente de nobleza, ratera de lo que se dejara suelto, agresiva cuando bebía e inescrupulosa en su profesión. J. pensó que exageraba; los hombres que contrató le parecieron comunes y corrientes, un poco pagados de su propia habilidad, es cierto, como Julito mismo, habilidad que exageraban cada que podían. «Como casi todo el mundo por aquí, al fin y al cabo», pensó. Hablaban mucho y compartían un humor muy eficaz, pues se reían con ganas, que para J. resultaba poco menos que incomprensible. Los siete eran altos y fornidos; todos negros. El comisionista le aseguró que eran trabajadores de primera, muy conocedores de su oficio. «Trabajadores de primera tengo los que necesite», había dicho. «Y cada uno con su herramienta propia, ¿entiende?». Sin embargo J. prefirió empezar con sólo siete, en parte porque todavía no se había reparado el otro rancho y no quería alojar a nadie en su propia casa, y en parte porque quería comenzar con prudencia, mientras le agarraba el truco al negocio.

No obstante, la primera noche durmieron en la casa. Entre una cosa y otra se les hizo demasiado tarde para irse a pie, con sierras y demás, para la otra finca. Colgaron, pues, las hamacas en el corredor y se dispusieron a pasar la noche. J. conversó con ellos hasta tarde, tomando aguardiente. Hablaron del negocio, de cuántas rastras podía cortar un hombre a la semana, del tipo de instalaciones que se debían construir en terreno empinado y cosas así. También llegaron a un acuerdo sobre la alimentación: inicialmente se les daría en la misma casa, preparada por Mercedes, pero ya J. estaba hablando con Salomón y su mujer a ver si ellos se encargaban de eso. Los aserradores parecían interesados en demostrar buena voluntad y estuvieron de acuerdo con todo.

Durante toda la noche hubo ronquidos y olor a gasolina. Elena, de mal genio por

la quedada de los aserradores, se desveló y desveló a J. Decía que el olor a sudor y a gasolina no la dejaba dormir, se quejaba de los ronquidos que venían del corredor. J. perdió la paciencia. Exasperado, dijo que los hombres no olían ni peor ni mejor que nadie, que no habían venido a un baile, sino a cortar madera, y que al olor a gasolina era mejor que se fuera acostumbrando pues iba para largo. «De algo tenemos que vivir», concluyó. «Así que callate y dejate de carajadas». Elena se encerró en sí misma, furiosa, no dijo una palabra más y por último se quedó dormida. Con el sueño espantado, él continuó bebiendo y fumando hasta que el trago terminó también por dominarlo, sin saber ni cuándo.

El día siguiente fueron despertados por risas y conversación en el corredor. Todavía estaban en la cama cuando sonó un motor, estrepitoso. Elena saltó de la cama y salió a regañar al hombre que lo había prendido. Él dijo que sólo lo ensayaba. «Pues vaya a ensayarlo lejos, hermano», dijo ella. «No queremos sierras de mierda haciendo alharaca por aquí». El hombre apagó el motor y miró a Elena con una mezcla de curiosidad, burla y resentimiento. Pero no dijo nada. Cuando ella volvió al cuarto encontró a J. con la sábana hasta la barbilla, mirando para el techo. El aguardiente de la noche anterior le había dejado un sordo dolor detrás de los ojos. No le gustó en absoluto la manera como ella había tratado al hombre, pero el dolor de cabeza lo disuadió de iniciar lo que podía convertirse en una pelea larga. Se tomó dos aspirinas y durmió otro rato. Cuando despertó de nuevo ya se sentía mejor y salió a hablar con los aserradores.

Los hombres se habían ido para la otra finca y las maderas del corredor quedaron manchadas por el aceite que las máquinas habían soltado por la noche. Elena y Mercedes trataron de quitarlas con estropajo y agua caliente, pero la madera, porosa, ya había absorbido demasiado aceite y las manchas quedarían para siempre sobre las tablas. Elena, llevada tal vez por una rabia superior a su causa —al fin y al cabo se trataba de un caserón feo sin remedio y unas manchas más o menos poco importaban—, se las arregló para regañar a Mercedes. Como siempre, la mujer se puso a llorar y se encerró en su cuarto. Cuando a Elena se le pasó la rabia, fue a pedirle disculpas. Tal vez se sentía culpable, tal vez temía la llegada de J. o de Gilberto. En todo caso Mercedes aceptó las disculpas y prometió no hablar del asunto a su marido.

Ese día J. presenció la caída del primer árbol. La sierra empezó a roer y roer, con un gruñido cobarde, y de pronto el árbol, una ceiba inmensa, se dio a emitir traquidos bajos que parecían venir de la tierra misma. Los aserradores gritaron y el árbol se vino al suelo con un alarido seco, y en su caída, como en un Apocalipsis, arrastró un universo de parásitas, nidos de pájaros, arbustos, enredaderas y árboles pequeños. Una vez quieto, las sierras lo descuartizaron en jauría, desmembrándolo con una celeridad como de perros.

Cuando J. entró a la casa venía sombrío. Sin decir una palabra se sentó en el corredor a mirar el mar; sin decir una palabra se tomó el café que le trajo Mercedes. Después de un rato entró a la tienda, donde Elena estaba leyendo, y bajó una botella

de aguardiente de la estantería. Le quitó la tapa y se tomó un trago largo mientras salía otra vez al corredor. Cuando se sentó, se bebió otro trago largo y puso la botella en el suelo. No quiso almorzar. A las dos de la tarde, al frente de un sol deslumbrante que estallaba contra las olas, se quedó dormido en la silla, profundamente borracho. Los alcatraces, en una larga cuña, cruzaron con parsimonia sobre el mar. Elena y Mercedes lo cargaron hasta la cama, le quitaron las sandalias y lo cobijaron con una sábana. Durmió toda la tarde. Cuando despertó, ya por la noche, oyó el runrún de la máquina de coser. Se asomó entonces a la ventana y vio una luna grande sobre el mar. Aún medio borracho, entró a la tienda, se acercó a Elena por detrás y le dio un beso en el oído mientras le acariciaba los senos.

A diferencia de J., que iba al caserío al menos dos veces por semana —siempre se quedaba a almorzar, y casi siempre le daban arroz con cangrejo—, Elena no había vuelto desde la primera vez. Aparte de su propia madre, quien por lo demás la impacientaba con su histerismo religioso, Elena no había conocido otros ancianos y tendía a desconfiar de ellos. Doña Rosa en particular le había resultado antipática: le disgustó la manera, de igual a igual, como los había tratado; le disgustó el modo poco deferente como la había tratado a ella en particular. Varias veces J. la invitó a que fuera con él a visitarla, pero siempre encontraba excusas. «No me gusta ir a que esos negros me miren como a un animal raro», dijo al final, y él no volvió a insistir.

A su vez Elena no era en absoluto popular entre los del caserío. Inicialmente las historias de Mercedes sobre la manera como los trataba a ella y a Gilberto llevaron a la gente a hacerse una mala opinión; después se produjeron algunos roces directos con algunos de ellos.

Elena empezó a tomar sus acostumbrados baños en una bahía pequeña, no lejos de la casa, en la que la arena era muy blanca y el agua muy azul. Nadaba casi siempre sola —J. era más aficionado a mirar el mar que a meterse en él— y después se tendía en la arena a asolearse. La bahía quedaba en el camino entre el pueblo y el caserío, y la gente debía cruzar frente a la playa donde ella, en un bikini blanco que contrastaba con su piel canela —oscurecida ahora por el sol—, tomaba su baño diario. Cuando ellos pasaban silbando o fumando tabaco, Elena sentía que la miraban; cuando se alejaban, silbando, sentía que se alejaban mirándola. Y muchas veces lo hacían, de hecho. No sólo los hombres, sino también los niños que pasaban con sartas de pescado en la mano, o las mujeres que balanceaban ollas de aluminio en la cabeza. A todos les producía un interés instantáneo, ingenuo y al parecer inagotable. Raras veces la saludaban al pasar. En ocasiones los niños podían detenerse a mirarla con ojos grandes, en los que no había burla ni amistad, sino curiosidad en estado puro. Cuando los echaba, los niños se marchaban lentamente, sin dejar de mirarla. «¡Taluego, seño!», podían gritar antes de irse.

Una vez tuvo un alegato con una negra que pasaba todos los días por allí —gorda, balanceada, majestuosa— llevando una ponchera con ropa lavada en la cabeza. La ponchera giraba con parsimonia cuando la negra, sin dejar de caminar, empezaba a mirarla. Y cuando ya el cuello no aguantaba el giro, la cabeza volvía a enderezarse suavemente. Después, sin perder la lentitud, el balanceo ni la dignidad, mujer y ponchera se metían en la trocha y desaparecían.

Aquella mañana Elena había tenido una discusión con J. a propósito de los aserradores yendo a comer todos los días a la casa, y estaba tendida en la playa pensando en eso, su cabeza hecha una densa voráGINE de malgenio. Entonces pasó la mujer. Tal vez se sentía cansada, tal vez se le zafó una chancla, el caso fue que se sentó, bajó la ponchera y la puso en la arena.

Elena no pudo aguantarse.

—¡Siga su camino, negra metida! —gritó—. ¡Está en finca ajena!

La otra no se inmutó ni levantó mucho la voz. Contestó que llevaba veinte años pasando por allí y no necesitaba que cualquier recién llegado le dijera por dónde tenía que caminar. La discusión, agria por parte de Elena, irónica y calmada por parte de la negra, continuó por un rato. Pero la mujer se quedó allí todo el tiempo que le dio la gana. Y como no se iba, fue Elena la que terminó por arrebatar de un manotazo la toalla de la arena y largarse para la casa.

—¡Metidos como ellos solos! —se quejó, amarga, esa noche.

Estaban sentados en la playa, frente a la casa. La ola caía sobre el cascajo y sonaba como una granizada gruesa, luego se devolvía con cascabeleos como de maracas. En un plato había un pequeño salero, cascacos de limón y trozos de mango verde. J. había tomado la costumbre de beberse algunos aguardientes —a veces demasiados— todas las noches. Ahora, en pantaloneta, sentado frente al mar, mantenía la botella asegurada entre los pies descalzos. No había luna, pero la noche era clara y el cielo estaba lleno de luces. Por enésima vez J. le explicaba a Elena algo que ella sabía muy bien: que los miraban con curiosidad legítima y no con mala intención.

—Mientras más te enojés más te van a mirar.

Elena no dijo nada, se tomó un aguardiente y le devolvió la botella.

—Estoy cansada —dijo—. Creo que mejor me acuesto. No te emborrachés mucho, vos.

Antes de irse cogió la botella y se tomó otro trago. Le puso sal a un pedazo de mango y se alejó con él entre los dientes. Poco después J. vio sus formas agigantadas en el cuarto mientras se desvestía. «Todo es putamente difícil y hermoso», pensó al mirar la sombra de Elena moviéndose en aquella porción de luz amarilla, diminuta cavidad de amor bajo la inmensa noche. Puso un poco de sal en una rodaja de limón, la tuvo lista en la mano y se metió un trago. A veces, sobre todo con el aguardiente, la alegría solía reventarle adentro. Luces, sensaciones, visiones e intuiciones se le venían a chorros, como en una explosión de fuegos fatuos. Con esa sensación en el estómago continuó un rato largo, bebiendo y adentrándose en la noche.

Al día siguiente ella no quiso ir a su bahía. A la hora del baño estaba enfurruñada en la tienda, leyendo. Cuando la cabeza de una niña negra apareció en la ventana («que le manda decir mi mamá que si le fía una libra de arroz»). Elena la miró con abierto rencor y le dijo que no le fiaba ni mierda, porque ya debían demasiado. La niña se quedó mirándola en silencio mientras ella fingía leer.

Cuando la cabeza negra desapareció, Elena miró la estantería donde se alineaban los paquetes de arroz. Entonces se asomó por la ventana y llamó a la niña, que se alejaba despacio por la playa. La negrita volvió a aparecer y Elena, sin mirarla, le puso una libra de arroz al frente.

—Decile a tu mamá que todavía le puedo fiar doscientos pesos, pero que ése ya



es el tope.

—Gracias, señor.

Cuando la niña volvió a irse, la novela voló de un extremo a otro de la tienda, como una gallina enloquecida, y fue a estrellarse en la pared.

Durante algunos días Elena no quiso salir de la casa. Le dijo a J. que se sentía afiebrada y maluca, y permanecía casi todo el día en la cama, leyendo y durmiendo. Sólo se levantaba para despachar a algún cliente o para acompañar a J. a almorzar. Una vez le dijo que se estaba sintiendo muy triste y se puso a llorar. Él sabía que no estaba enferma, era evidente que pasaba por un mal rato —ya había ocurrido, aun antes de la finca— y necesitaba que la mimaran un poco. Cosa que hizo con gusto: le tomaba la temperatura, se levantaba por las noches a traerle cosas, la hacía reír. Sorprendentemente, fueron días felices. Unos de los últimos días buenos que vivieron juntos.

Olores. Oscuro olor a manglar que a veces trae el viento. Olor a cangrejos muertos y todavía crudos, almizclado y resinoso. Olor del pasto a mediodía bajo el estático martillo del sol. Olor del humo que viene de la cocina, mezclado con el olor del café. Olor de las frituras de pescado a mediodía, frituras de plátano, vapores pesados del coco en el arroz. Olor de las cremas bronceadoras, aceites humectantes que protegen y embellecen todavía más la bella piel de Elena. Olor de su cabello recién lavado, champú de hierbas, siete. Antípoda olor en la letrina, donde zumban moscardones en el calor y se asoman lagartijas entre los intersticios del bahareque. Olor permanente e inerradicable del polvo en las tablas de la casa. Olor ahora nuevo de los libros cuando se les abre —empezando a hincharse por la humedad del aire, deteriorados por el constante aliento del mar y por la creciente falta de uso—, como de margaritas marchitándose en un desván húmedo y caliente. Y ahora, también nuevo, el olor de madera recién cortada, mezclado con el vaho de gasolina, la gasolina que esteriliza, quema, ahuyenta la vida.

«Nov. 16/76: El primer envío de madera fue un éxito. Me felicitaron por su calidad, aunque se quejaron por ciertos defectos que un mal manejo de las sierras produce en la madera. Aconsejaron ponerme pilas con los aserradores, para que no se atropellen cortando. Pagaron lo convenido.»

«Nov. 19/76: Al fin la mujer de Salomón empezó a despacharle comida a los aserradores. Elena no los puede ver ni en pintura. Ya sólo se ven por aquí cuando vienen a sacar algo de la tienda —cuyos fiados van haciéndose gigantes—, a comprar gasolina o a hablar conmigo. Desde que llegaron, los fiados de aguardiente han aumentado en un cien por ciento.»

«Nov. 22/76: Sigue bueno el tiempo, no ha llovido demasiado pero tampoco nos hemos achicharrado de calor. Desde que don Eduardo le metió mano, la bomba no ha vuelto a molestar para nada. Es realmente hábil el hombrecito.»

«Nov. 25/76: Ya se le pasó la maluquera a Elena. Hoy la acompañé a bañarse al mar. No deja de tener razón en lo de la miradera. ¡Qué berracos! Pero tampoco deja la gente de tener razón: con los aceites su piel bajo el sol parece cobre liso. Seguramente se ve brillar en la playa desde lejos. Además nunca se sabe cuándo va a estallar.»

»Salomón engarzó el chinchorro en un tronco y le hizo un roto grande, pero ya empezó a remendarlo y el remiendo le está quedando mejor que el original.»

«Nov. 26/76: Ayer arrimó una lancha a la playa. Era de fibra de vidrio, con motores fuera de borda casi nuevos, y nos trajo cinco riquitos de Medellín, dos hembritas y tres varones. Colorados por el sol, todos, llenos de arpones, whisky, caretas y aletas. Ellas estaban muy apetitosas. Una es la hija de un tal doctor Penagos (M. D.), dueño de una finca gigantesca al norte de aquí. Ya lo había oído mencionar, es famoso por su riqueza y por su habilidad para despojar de la tierra a los campesinos.

»Conversamos un rato en el corredor. ¡Y qué lejos voy estando, hermano, de esa gente! Me da pánico pensar que tuve la oportunidad de ser así, o como Ramiro, por ejemplo. O me salvé como el albañil, o los dioses han estado conmigo. Uno quiso saber cuándo le íbamos a poner planta eléctrica a la finca; otro vio mis libros y preguntó si ya había leído *Papillon*. Yo lo había leído, claro, pero le dije que no, para no tener que comentar el libraco de mierda.

»Al final de una botella de whisky ya me empezaban a caer hasta bien, pero justo entonces las mucharejas se dieron a plañir con el tono suplicante de las burguesitas paisas, que nos vamos Juan Camilo, que nos coge la tarde, que mi papá y tal, y entonces volvieron a meter caretas y aletas a la lancha y se largaron entre el estrépito y el hedor de sus motores. Dijeron que volvían, Dios quiera que no.»

«Dic. 1/76: Creo que lo que más me gusta de este mar es el olor a manglar. El de Inglaterra es inodoro e insípido, éste huele un poco a podrido, muerte y vida, lugar donde se cruzan.

»Creo que estoy un poco borracho. Cuando estoy así me pongo literario. Elena está dormida y respira despacio. Tiene una tetica descubierta. Me acerqué y huele a aceite Johnson's. Le chupé el pezón y sabe a sal. Sal.

»Cuando llene este libro lo voy a tirar por la letrina. Se deshará entre nuestra casa, se descompondrá en sus elementos, gases, organismos de vida corta, tierra fecunda, vegetación. Pedestre y humilde transubstanciación de las cosas de uno, *brother*. El eterno retorno del mismo gusano, de la misma letrina, del mismo Miguel.

»Permiso voy al baño.»

Bajó en pantaloncillos por la escalera de madera hasta que las plantas de sus pies sintieron el pasto áspero. Caminó entonces hacia la playa hasta sentir la arena, y hacia el mar hasta que sus plantas sintieron el ripio grueso de caracoles, conchas y piedras pequeñas. Caminó tres pasos en el agua tratando de no lastimarse y desconfiando de los erizos. Era el alba y el mar estaba liso. Orinó entonces sobre las aguas.

«Sí. Ningún pensamiento tiene la contundencia de comerse un mango maduro — creo—. Para no hablar de papayas, melones y guanábanas. Por otra parte, no hay

mayor angustia vital que tener ganas de orinar y no poder, y no hay realización mayor que hacerlo sobre el mar, agua en el agua, y bajo la luz de los planetas. Creo que Mercedes ya se levantó: huele a café».

Se quitó los calzoncillos y se puso la pantaloneta. Mercedes le daba de mamar al niño —ese gigantón que ya empezaba a decir sus primeras palabras— recostada en una silla contra la pared.

—A éste lo van a encuartelar y destetar al mismo tiempo —dijo J.

La risa de Mercedes era limpia y sonora.

—¡Ese don J.! —dijo.

Cargando al niño por las nalgas, se levantó, alcanzó una taza de estaño del aparador y la puso sobre la estufa. Sin trapo ni nada —cosa que él siempre admiraba en silencio— cogió la humeante olla y llenó la taza. J. salió de la cocina sorbiendo el café, caminó hacia el corredor, le echó un trago de ron y se puso a esperar el amanecer.

Poco después el sol salió, anaranjado y lento, sobre el horizonte. Había olor a carne frita y alboroto de perros y gallos. Salomón y su hijo remaban mar adentro. El mundo titilaba, espléndido, en los ojos de J. Mercedes le trajo el desayuno al corredor y él comió con ganas. Después se bañó y se puso las sandalias y una camisa limpia. En una mochila de colores estaba el metro, el martillo de marcar madera y el cuaderno de control. J. tomó de la tienda media botella de aguardiente y la metió también en la mochila. Acarició a Elena y se fue para el monte.

Esa misma noche leería las últimas páginas escritas, arrancaría las correspondientes a Dic. 1/76 y las tiraría por la letrina. Escribiría:

«Dic. 2/76: Hoy tumbaron el caracolí más grande que haya visto en mi vida. Es seguro que le sacamos buen billete. También vi una muy grande manada de micos. Uno de los aserradores les tiró con una escopeta pero no le dio a ninguno.

»Una culebra mató a un novillo.»

Cuando J. llevó el segundo envío de madera debió quedarse en Turbo una semana; al día siguiente de su llegada el mar se puso bravo, y bravo permaneció por varios días. Durmió donde Julito. Se pasó los días tomando cerveza en una heladería que funcionaba en un segundo piso, sobre el parque, donde se aburrió largas horas, mirando a la plaza, medio hipnotizado por el calor, la cerveza y el ajeteo de los jeeps, abajo. Dos o tres noches se metió a ver películas de karatecas, al parecer el único surtido disponible, en un teatro sin techo que tenía bancas de madera como las de las iglesias. Y una noche se fue con Julito para una casa de putas.

El sitio olía a perfume, sudor y cigarrillo. Tenía ventiladores de techo y ponían tangos. A las cuatro de la mañana Julito, muy limpio, de guayabera azul, miraba a J. desde su sillón. Estaba borracho, pero trataba de no aparentarlo. J., casi dormido, metía su barba en el escote de una mujer muy blanca y rellenita, sentada en sus rodillas. En la mesa había una botella de ron, vasos altos con bordes dorados, charcos de agua y una hielera con el hielo derretido. La luz era al mismo tiempo azulosa y rojiza. Las mujeres, vestidas de rojo puro o rosado incitante, entraban y salían de cortinas brocadas y polvorientas. Un marica negro mariposeaba, fino y nocturno, por entre el lujo de luces y cortinas.

Cuando J. se levantó, alto y mecido por la borrachera, la mujer se metió bajo su brazo. Juntos desaparecieron tras la cortina bajo la mirada enrojecida de Julito. Una hora después la dueña del burdel, un búho viejo y agresivo, exuberante de pulseras y cosméticos, le dijo al lanchero que debía llevarse al señor, que estaba muy borracho y se había quedado dormido en el cuarto. Julito lo despertó como pudo, lo ayudó a salir de allí y se lo llevó para su casa.

Cuatro días después, al llegar a la finca, J. encontró que unos mil metros cuadrados de tierra y una franja de mar habían sido cercados con alambre de púas. Cinco hileras de alambre salían de un gran poste de madera clavado en el mar, atravesaban la playa, atravesaban el camino, se metían un poco entre el monte, viajaban unos doscientos metros hacia el sur, cruzaban otra vez la playa y llegaban finalmente a otro poste clavado en el mar, cubriendo así por completo la pequeña bahía donde se bañaba Elena.

Durante el viaje J. había estado locuaz y contento, hablando tonterías con Julito y oyendo por centésima vez sus historias. Vio el corral de lejos, cuando todavía la lancha no empezaba a disminuir velocidad.

—¿Y para qué es el cerco, patrón? —preguntó entonces Julito.

Los postes se veían altos y fuertes, los alambres muy juntos. Era una nítida sección de mar y playa, una cuidadosa porción de vacío tropical.

—Ni idea —dijo J.

Cuando J. llegó a la casa, vio que los rollos de alambre bajo el corredor, diez rollos nuevos, comprados un mes atrás para el mantenimiento de los potreros, ya no

estaban. Encontró a Elena en la tienda, encaramada en una silla, ordenando una estantería alta.

—¿Qué más? —dijo, sin bajarse—. Fíjate que no oí la lancha. ¿Te trajo Julito?

—Quehabido —dijo J., frío, furioso en frío. Asombrado en realidad.

Tiró la mochila a un rincón y salió de la casa. Fue a mirar el cerco. Los alambres estaban muy bien clavados y tensos. Un buen trabajo. Con los pantalones arriba de las rodillas se metió al mar. Los postes eran gruesos, firmes.

Fue a buscar a Gilberto.

—¿Usted se enloqueció Gilberto? —preguntó sin saludar.

Enredándose, contradiciéndose, en un largo embrollo que enfureció indeciblemente a J., Gilberto explicó que él había creído que Elena mandaba cuando J. no estaba; que él le había dicho que era mejor esperarlo para lo del cerco, pero que ella amenazó con echarlos, y que si J. quería, él podía recoger otra vez el alambre.

—Ya usted sabe cómo es la señorita Elena cuando se ofusca —dijo al final.

—¿Quiénes lo hicieron?

—Yo y Roberto.

—No les voy a pagar ni un peso por ese trabajo, Gilberto —dijo J.—. Usted verá cómo se entiende con él.

—Como diga, don J.

—Y que sea la última, pero la última vez que se hace algo sin mi autorización, ¿entiende? Cuando yo no esté, usted hace lo que yo le deje dicho que haga, ni más ni menos.

—Listo, don J.

J. le dio la espalda y se fue. Como tenía la cabeza envuelta en una nube negra, prefirió no regresar inmediatamente a la casa. Caminó un rato por la playa, pero hacia el norte, donde no pudiera ver el cerco, y se sentó por ahí a esperar que el mal genio se despejara. Finalmente tomó la decisión de hacerlo levantar.

Cuando se lo dijo, Elena se enfureció. Dijo que no iba a dejar que la convirtieran en un cero a la izquierda en este cagadero, que ella tenía derechos en la finca, que era demasiado alboroto por unos pedazos de alambre, que la única diversión que tenía en este cagadero era bañarse en el mar y que no iba a dejar que se la quitaran así no más.

—Quitás el cerco y me voy —dijo.

No era una amenaza vacía y J. no lo levantó. Tampoco la volvió a acompañar a sus baños. Cierta vez don Carlos, que había pasado a visitarlos, preguntó inocentemente por la finalidad del alambre.

—Es el Country Club de Elena, don Carlos —dijo J.

Elena le mentó la madre y se encerró en su cuarto. Don Carlos se marchó muy poco después.

Como los alambres cortaban el camino, la gente del caserío se veía obligada a dar un pequeño rodeo para retomarlos. Por lo general sólo daban el rodeo si veían a Elena asoleándose en la playa; si ella no estaba, sencillamente levantaban el alambre y se

metían por el portillo. Muchas veces Elena encontró los alambres separados con cuerdas o pedazos de tela, y también desclavados. Cada semana, con autorización de J., Gilberto debía recomponer el cerco, trabajo infinito y raro, sobre todo si se tenía en cuenta que era el mismo Gilberto y su familia quienes muchas veces lo ataban y destemplaban cuando iban al caserío.

Ninguno de los dos quiso viajar a Medellín para Navidades. El clima era fresco, las noches desmesuradamente amplias, y ellos se sentían bien el uno con el otro. Cada cierto tiempo, como quien manda un picotazo suelto, J. soltaba alguna indirecta sobre el alambrado; se originaban entonces peleas pequeñas que poco a poco degeneraban casi en juego.

El 24 de diciembre fueron invitados al baile de Nochebuena en el caserío. Como ella no quiso ir, J. se limitó a visitarlo por la tarde. Cuando llegó, se veía a la gente ya iniciada y contenta. El primero que lo saludó fue Salomón, que tenía una botella de whisky en la mano y a su hija menor, muy hermosa en un vestidito repolludo azul claro, en un brazo. Cuando lo vio, dejó a la niña en el suelo y fue a abrazarlo. Sin dejar de pasarle el brazo sobre el hombro le ofreció la botella. Donde doña Rosita le dieron más trago y también comida. La anciana, muy arreglada y empolvada, los labios pintados de rojo vivo, se veía contenta. Parecía complacida de que J. hubiera ido a visitarlos, aunque lamentó que no pudiera estar con ellos en la fiesta. Agradeció efusivamente los regalos de J. —un género estampado en margaritas amarillas y varias barras de turrón importado.

Salió del caserío contento y agradecido con la gente. Llegó a la casa a las seis y encontró a Elena muy bonita, de falda, esperándolo. Como Gilberto y su mujer habían ido a pasar la Nochebuena al caserío, ellos estaban solos.

—¿Metiste el vino al lavadero? —preguntó.

Ella dijo que sí, que debía de estar fresco.

—Saquemos una botella, hermana. Prendámonos antes de comer.

Habían conseguido dos langostas grandes, que Mercedes les dejó preparadas con cebolla y limón; también una ollada de ostras, que se comieron crudas, con limón y sal. Del caserío les mandaron dos platos de arroz con camarones.

—Nochebuena afrodisiaca —dijo él.

El vino resultó mejor de lo que esperaba, sólo la última botella resultó algo vinagrosa, pero lo mismo se la bebieron.

Después del vino empezaron a tomar whisky.

J. le regaló un bikini azul italiano y un diccionario de la Real Academia. Cuando Elena leía le gustaba apuntar las palabras desconocidas —para ella, muchas— en un papel. Después, en un ingenuo intento de ilustrarse, las buscaba en un diccionario desvencijado e incompleto que se había levantado quién sabe dónde. Ella, a su vez, le regaló una *Historia del arte erótico*, libro de casi mil páginas, con ilustraciones que iban desde Pompeya hasta Picasso. Meses más tarde uno de los policías que participó en el levantamiento lo metería subrepticamente en su mochila; su mujer lo descubriría y terminaría por ser vendido en Turbo a un comerciante de telas que lo usaría como pornografía común.

—Nada como la pornografía fina —dijo J.



Durante toda la noche se oyó la música de vallenato que venía del caserío. Poco antes de las doce Elena y J. elevaron un globo. Como eran sólo dos, debieron usar cuerdas delgadas para sostenerlo abierto mientras el humo lo llenaba. Y tuvieron éxito. El globo se remontó veloz, empujado por el viento, y se fue selva arriba.

—Me conformo con que llegue a Panamá —dijo él.

Hasta más o menos las tres de la mañana J. tuvo conciencia de sí mismo. Al parecer el whisky no estaba bueno y los dos se enlugaron. Hubo una pelea terrible entonces, pero ellos nunca supieron el motivo. Debió ser algo muy tormentoso, porque al día siguiente ella tenía un ojo negro y magulladuras en los muslos, y J. dos arañazos largos en la cara. Todos los libros estaban caídos de las estanterías y la escopeta apareció bajo la cama, con un tiro disparado.

—Si seguimos así podemos hacernos mucho daño —dijo ella.

A J. la frase le pareció rara, pero pensó que tenía razón. Ambos sintieron vergüenza y miedo.

Fue un día terrible para ellos, el del 25.

Se estrujaron la memoria para recordar, pero fue inútil. Ya el 26 por la mañana, después de una noche sudorosa, J. se sintió mejor.

—No nos jodamos más la vida —dijo—. Si no nos acordamos, entonces no fuimos nosotros.

Después de las Navidades los aserradores volvieron aperezados y difíciles. Cortaban mal y poco, lo que exasperaba a J., quien veía llegar otra vez el vencimiento del préstamo y no había logrado ahorrar ni un peso para pagarlo.

Una vez visitó sorpresivamente uno de los aserraderos altos, donde casi nunca iba por lo empinado del terreno y por lo lejos, y encontró una verdadera carnicería. Se habían cortado árboles demasiado pequeños, a los que no se pudo sacar ni una rastra completa, debiéndoseles abandonar despedazados; se tumbaron árboles por el lado equivocado, arrasando en su caída demasiados árboles pequeños; las rastras se sacaron muy mal, con señales de sierra por todas partes, muchas sin la longitud necesaria, otras demasiado grandes...

—Yo no pago esa madera —dijo J.

Los hombres se miraron y, por un rato, no dijeron nada. Luego uno de ellos empezó a protestar, sin levantar la voz y mirando al suelo. J. creyó verlo sonreír mientras hablaba. Entonces todos comenzaron a protestar: dijeron que la madera estaba bien cortada y que era J. quien no conocía el negocio, dijeron que los precios de la tienda eran muy altos, se quejaron de los porcentajes, de la comida, del alojamiento.

Sin perder la calma, J. respondió lo mejor posible. Cuando lo apretaban podía ser una persona convincente. Además, tanto él como ellos sabían que se estaba tratando a los aserradores mejor que en muchas partes. Los hombres intentaron entonces llegar a un acuerdo sobre la madera que él consideraba mal cortada.

—Madera que esté mal cortada no se paga. No voy a dejar que ustedes me tumben la finca por sacar madera a la berraca.

Se armó entonces otro alegato, subieron las voces, alguien habló de robo.

Sin embargo, J. debió mostrarse firme: era un asunto en el que no se podía ceder, a riesgo de echar a perder el negocio entero. Cuando Maximiliano, uno de los aserradores —casi dos metros de alto, ancho y muy hosco— intentó ponerse agresivo, J., indignado —y asustado—, le dijo que no lo quería más en la finca y que pasara esa misma tarde por la liquidación. Maximiliano se asombró primero, se quedó un rato en silencio y finalmente dijo que J. merecía que lo picaran a machete. Sacó el machete y, sin mirar a J., lo clavó hondo en un tronco. J. le dio la espalda, repitió que no se pagaba madera mal cortada y se fue. Cuando estuvo lejos sacó la botella de la mochila y se bebió dos tragos grandes.

—Hiciste bien —dijo Elena tan pronto lo supo—. No podés dejar que se te monten.

Por la tarde llegó Maximiliano, solo y al parecer calmado. Cuando trató de convencerlo de que no lo echara, J. le prometió cualquier recomendación que necesitara, pero le dijo que no lo podía recibir otra vez. Maximiliano recibió su liquidación sin mirar la cuenta, sin contar la plata y sin decir nada.

Se supo que esa misma noche los aserradores se emborracharon. Alguien los oyó, tarde en la noche, rastrillando machetes en el piso y soltando amenazas contra J. Y dos días después, doña Rosita lo previno:

—Tiene que tener cuidado con esa gente —dijo—. Son gente mala.

Guillermo, un primo a quien J. quería mucho, vino a visitarlos a principios de febrero. Gordo, de unos veinticinco años, para J. representaba la vitalidad sin intelectualismos. Era una persona de pocas luces culturales que podía comerse tres libras de fritanga de cerdo de un tirón. Curiosamente, la gula y la lujuria eran su mayor atractivo, las ejercía con cierto humor carnal que le nacía de las tripas mismas y a duras penas pasaba por el cerebro. Sabía mirar el ridículo —era bastante observador— y se reía con carcajadas muy abiertas que mostraban muelas muy blancas, sin una sola carie. Tenía ojos grandes, negros, de pestañas largas y crespas que atraían a ciertas mujeres.

—¡Mango tan hermoso! —fue lo primero que dijo, una vez en el corredor.

Había llegado a mediodía, cuando Elena y J. estaban almorzando. Mercedes fritó más pescados y Guillermo se los comió con minucia, chupándoles los ojos, desmontando cada pieza de la cabeza y chupándola, haciendo un rimerero de espinas al lado, engrasándose manos y barba, alabándolos. A J. se le alumbraron los ojos con suave burla mientras lo miraba comer.

Después de una siesta, Guillermo se puso la pantaloneta y se fue para el mar. Al volver intentó preguntar por el cerco, pero J. le hizo señas de que no tocara el tema. «No se puede mencionar el berraco cerco», le explicaría más tarde. «La mujercita se pone como un tití». Guillermo pensó que no le faltaban razones para querer bañarse sola. «Con lo buena que está, hasta se la comen», pensó. «En esa arena caliente».

Por la tarde se sentaron los tres a beber en el comedor. Guillermo tenía una manera extremadamente gráfica de hablar; les contó que había conseguido empleo en una compañía que se llamaba Bananos de Colombia y que estaba viviendo en un pueblo que olía a alcantarilla, lleno de gente desnutrida. La compañía le había dado una casa para que viviera.

—Tiene cuatro cuartos, cocina, dos baños y un zancudero el hijo de puta —dijo.

El pueblo quedaba en la ruta Turbo-Medellín, y J. pensó que ya tenían dónde dormir cuando quisieran hacer el viaje en dos etapas.

Ya achispados, a eso de las seis de la tarde, fueron a ver al toro montar la vaca que había traído un vecino. A Guillermo lo excitó aquella cópula gigante y al regresar miraba con disimulo el escote de Elena. Después siguieron bebiendo hasta el amanecer.

Poco después los despertó Gilberto con la noticia de que Salomón se estaba muriendo. J. sintió un ramalazo de pánico en el vientre y tuvo que ir hasta la letrina a vomitar.

Salomón había salido de madrugada a hacer un trabajo en el monte, y tenía el machete en la mano cuando sintió el mordisco de una serpiente en la pantorrilla. Aterrorizado, salió corriendo sin soltar el machete, con la culebra aún agarrada de la carne, como un látigo, entonces se cayó y se enterró el hierro en el vientre. Cuando lo

encontraron deliraba, tenía la cara azul y había empezado a oler a podrido.

Guillermo y J. llegaron al caserío y lo encontraron ya muerto. Había cuatro velas pequeñas en el piso, alrededor de una mesa sobre la que estaba el cadáver, muy hinchado y morado. J. no quiso verlo de cerca. Guillermo, cuya fascinación por la muerte era tan grande como su gula o su lujuria, presenció cuando don Eduardo le aplicaba el formol y lo lavaba.

Después de abrazar a doña Rosita, J. salió otra vez para la finca. Como estaban muy impresionados se sentaron a beber. Por la noche tuvo una pesadilla en la que Salomón entraba al cuarto y caminaba hasta su cama. Cuando el muerto le iba a decir algo, se despertó de terror dando alaridos en la mitad de la noche. Elena lo calmó, abrazándolo como a un niño, y él se durmió de nuevo con la cabeza metida entre sus senos.

Guillermo se fue dos días después, luego de haber presenciado los succulentos rituales del entierro; llevaba una bolsa de mangos maduros y varios kilos de carne de guagua que compró en el caserío. «Si no me voy rápido, me alcoholizan», pensó mientras miraba alejarse la costa.

J. sintió lástima de verlo partir.

Tal como temía, el envío de madera que J. llevó a mediados de febrero resultó de muy baja calidad. Los compradores le pagaron una suma que a duras penas alcanzaba a compensar gastos y de nuevo le recomendaron que tuviera cuidado con la manera como estaban cortándole. J. volvió a la finca desabrido y silencioso. El vencimiento del préstamo estaba a menos de dos meses y sabía que Fernando no se lo renovarían otra vez —al contrario, se luciría negándoselo—. El mal humor lo llevó a tratar mal a los aserradores, a veces sin necesidad, y a tomar demasiada distancia con ellos. Un error, pues al fin y al cabo después de echar a Maximiliano todo el mundo había comenzado otra vez a trabajar bien.

Otro asunto que llegaba a exasperarlo era el ganado. Parecía como si alguien, Dios o quién sabe quién, hubiera decidido que el rebaño no aumentara nunca. Cuando nacía un ternero se robaban un novillo, caía un rayo sobre una vaca o se perdía otro ternero. Al principio J. trató de tomar el asunto con la calma que le era propia; después, la noticia de un animal muerto alcanzaba a oscurecerle todo un día, y sospechas de confabulaciones personales le alteraban los nervios. Necesitaba entonces beberse algunos tragos para escapar a los ventisqueros de mal genio que varias veces lo llevaron a tratar mal a Elena, a Gilberto o al que se le pusiera por delante.

Meses atrás J. había traído de Medellín, con todo y pedigree y todavía cachorrita, una perra pastor alemán que había resultado especialmente inquieta y exasperante. Se royó la cubierta de varios libros, el pequeño radio transistor de Gilberto y varios pares de sandalias de Elena, entre otras cosas, por lo que, al mes escaso de tenerla, resolvió regalársela a Salomón, que quería a los animales y sabía cómo tratarlos. A la muerte de Salomón, J. volvió a encargarse de ella, ahora un animal grande, de color negro brillante, que seguía tan inquieto como siempre. Se trataba en realidad de un caso curioso de locura animal: la perra ladraba constante y compulsivamente, agredía a las visitas, y cuando J. o Elena llegaban de alguna parte los recibía con efusividad de huracán, arañándolos, metiéndoles el hocico entre las nalgas y embarrándoles la ropa. Tan brusca era que muchas veces debían armarse de un palo para evitar que los saludara. Una vez intentó morder a don Eduardo, que había venido a visitarlos, y J. decidió amarrarla. Pero entonces enloqueció aún más: ladraba día y noche; se enredaba en la cadena, empezaba a chillar y había que ir, muchas veces de madrugada, a desenredarla, y cuando lograba soltarse hacía estragos en la casa.

Una noche J. se había desvelado pensando en los problemas de la finca. La perra ladraba afuera incansablemente, asfixiándose con el collar, furiosa, como si alguien anduviera por ahí. Nadie andaba por ahí, por supuesto, el animal podía ladrarle de esa forma a un cocuyo, a un murciélago, a la luna. De pronto J. sintió como si un líquido oscuro empezara a acumularse en el cerebro. Enceguecido, se levantó de la cama y agarró la escopeta. Casi inconsciente por el odio salió a la playa y caminó hasta el

poste donde estaba el animal. Sin pensarlo un segundo le descerrajó dos tiros en la cabeza, que retumbaron en la selva, y la perra quedó muerta en el acto, hecha un ovillo. Sin decir nada, J. fue por la pala y caminó hasta el corral, donde empezó a cavar. Al momento llegó Gilberto con otra pala y le ayudó en silencio. Durante un rato Elena los miró trabajar desde el corredor y después se acostó.

Tales estallidos, aunque filosos, no eran demasiado frecuentes. La finca en su conjunto parecía un barco que no avanzaba, que no iba en realidad para ninguna parte, pero no era eso lo que más le importaba a J.; nunca pretendió enriquecerse con ella —sabía que era imposible— ni aspiraba a demasiada racionalidad en un clima tan caliente y lujurioso. De hecho, venía huyendo de cierta racionalidad oprobiosa, tan esterilizadora como la gasolina, el arribismo y el asfalto. Por eso precisamente odiaba el cerco de Elena, pues era la caricatura de una caricatura, una lamentable muestra de lo que podía llegar a ser la actividad humana; por eso se exasperaba cuando cortaban mal la madera, porque era duplicar sin necesidad una locura —la destrucción del árbol— sumergiéndolo a él en un torbellino ridículo de insensatez y muerte. Cuando se perdía un animal no se ofuscaba tanto por la plata que valía y sólo en menor medida porque la finca, como negocio, no avanzara; sencillamente había soñado alguna vez con tener los potreros llenos de ganado saludable, sueño natural, al fin y al cabo, de querer que las cosas crecieran y se multiplicaran.

Lo único que marchaba según sus aspiraciones eran los semilleros. Gilberto se encariñó con ellos y la suerte les trajo veranos benignos, de modo que nunca se descuidaron y nunca les faltó agua. J. iba por las tardes, casi siempre solo, y los miraba crecer, los pequeños abanicos de las palmas ampliándose, el verde ramificándose en los naranjos. Como estaban a poco menos de un mes del invierno, podía decirse que su supervivencia estaba asegurada. Y efectivamente lo estaba; serían trasplantados más tarde —no por J. sino por otro ser humano—, las palmas crecerían altas y sanas, los naranjos florecerían y darían fruto. Una peste llamada porroca vendría años más tarde y aniquilaría las palmas de la región. Entonces otras personas sembrarían nuevos semilleros, los mirarían crecer y esperarían a que estuvieran listos para ser trasplantados. Las palmas crecerían altas y sanas otra vez, y darían fruto: cocoteros frente al mar, al fin y al cabo, casi los mismos, mecidos por la brisa salitrada.

Sin embargo, sus preocupaciones por el ganado no duraron mucho; el préstamo finalmente se venció y J. no tuvo más remedio que venderlo. Y un atardecer, mientras caía un aguacero denso, se sentó en el corredor con una botella de aguardiente a ver desfilar sus reses. El mayordomo del doctor Penagos le había ya entregado el cheque, que él guardó en el bolsillo de la camisa sin casi mirarlo. Los vaqueros daban grandes gritos mientras metían las reses en los corrales. Una vez reunidas, el mayordomo procedió a contarlas —mientras J. miraba para el mar, indiferente—. Finalmente J. las vio pasar, mugiendo y atropellándose bajo la lluvia. Cuando el mayordomo, calado hasta los huesos, subió a despedirse, J. le ofreció un trago de su botella.

Aquél fue un invierno muy oscuro y largo. Y tal vez a causa del invierno, o por haber tenido que vender el ganado, J. empezó a meterse más y más en el silencio. Ahora bebía casi todos los días y las peleas con Elena se hacían cada vez más frecuentes. También ella, para escapar del agobio de la lluvia, había empezado a tomar demasiado. Cuando estaban borrachos, las peleas se hacían casi sanguinarias, verbalmente endemoniadas. Gilberto y Mercedes los oían insultarse y a veces golpearse a altas horas de la noche. Y siempre tomaban partido por J. —cosa que Elena sabía muy bien— y decían que ella no era la mujer para una persona tan noble como él.

Elena inició una guerra feroz y sin cuartel contra ellos, contra el caserío y tal vez contra la vida entera. La guerra empezaba desde el mismo despertar y, de una manera u otra, con palabras o con el silencio, continuaba todo el día. Para escapar de ella J. inventaba viajes a Turbo, donde empezaba a hacerse famoso en cafés y burdeles por su simpatía y capacidad alcohólica. También podía quedarse alguna noche en el caserío o enmontarse todo el día con los aserradores. Se decía que había empezado a conseguir amantes y Elena sabía de buena fuente que la mujer de Juan, el tendero, era una de ellas.

Acostarse con la mujer de Juan fue para J. como sumergirse en un delicioso pantanero, un insondable fangal de olvido y muerte. Era una persona abismalmente imbécil y carnal, una masa caliente de carne lenta y abundante. J. nunca supo, ni le importó, si Juan sabía lo que pasaba. Sin cuidarse mucho, apenas toscamente cauteloso, esperaba a que no estuviera en el pueblo —debía viajar con frecuencia a Turbo— para meterse en la cama con aquella mujer profunda y azufrada. A veces, cuando había bebido varios días seguidos, no estaba seguro de que aquello fuera real; si verdaderamente estaba hundido bajo unos pezones inmensos que se desparramaban sobre su barba, asfixiándolo casi, o si estaba en el pantanoso centro de alguna oscura pesadilla. Varias veces salió de la casa de Juan a altas horas de la noche y se metió borracho por la trocha selvática que iba a la finca. El camino era oscuro, lleno de resonancias, posiblemente peligroso. Sin embargo, él disfrutaba su borrachera en mitad de la selva («selva, selvítica, selvita de mierda»), tropezando, agarrándose de



quién sabe qué en la oscuridad para no caer, descoyuntándose de risa —una risa clara y muy lúcida que resonaba intemporal en mitad del monte— cuando rodaba por alguna ladera súbita, embarrándose, chuzándose, dándose golpes menores en los huesos, donde más tarde aparecían moretones. Alguna vez se quedaría dormido en la playa y sería despertado por la luz del amanecer y la bulla de los pájaros; y, tal vez tratando de demorar el inevitable encuentro con Elena, o porque quería emborracharse otra vez en mitad de la mañana, entre los pájaros, frente a sus islas y en la mitad del barullo del mar, se metería un trago largo que habría de llevarlo a otra borrachera en la que, como en un sueño, llegaría a una casona destartada donde se reiría otra vez con esa risa lúcida, extrañamente divertida y desapegada, mientras una mujer lejana comenzaba a insultarlo.

Cuando finalmente lograba salir de cuatro o cinco días continuos de alcohol, una campanada de alerta lo llevaba a querer recomponerse, cosa que de hecho hacía, con más facilidad de la que se hubiera podido creer. Retomaba el trabajo de la finca, sumaba y restaba números, siempre correctos; se alimentaba bien y trataba de enmendar en lo posible su relación con Elena, cada vez más dañada. Era un proceso cíclico de luz y tinieblas, parecido tal vez a la navegación sin regreso por mares desconocidos, en el que J. sentía —al menos durante la borrachera— que cada vez llegaba a sitios en los que se encontraba más solo y se hacía más vulnerable y libre.

De tal modo que cuando sobrevino el incidente del anillo, no solamente Elena había dejado, de hecho, de importarle, sino que, metido en una de sus largas borracheras, tampoco le importó lo que hiciera con la escopeta. Es más: estaba dormido cuando sucedieron las cosas y sólo lo supo cuando ya todo había pasado. También supo entonces que la partida de Elena de la finca, aunque no inminente —ella era orgullosa—, sí era inevitable.

J. había estado bebiendo en el corredor toda la tarde, mirando el mar en silencio. A eso de las seis se levantó sin decir una palabra y caminó hacia el cuarto, donde se desplomó en la cama y se quedó dormido. Todo el día había caído un aguacero suave y constante. Al anochecer el cielo se rasgó con relámpagos, el aguacero arreció, aparatoso, y la casa se sumió en el pandemónium de una tormenta. Elena, que había estado durmiendo un sueño en el que se oían gritos y sollozos, fue despertada por un rayo seco, que parecía haber caído en el cuarto mismo. Con el estómago encogido por la tristeza fue hasta el lavamanos y se echó una manotada de agua en la cara. Después entró a la tienda y se sentó frente a la Singer, a mirar por la ventana. Vio una cortina gruesa de agua que caía sobre el mar, vio ventarrones súbitos que barrían el aire y agobiaban las palmeras al frente, vio el bulto de las islas, difuso y fantasmal. Lloró entonces en la oscuridad de la tienda con un llanto continuo y abundante que le goteaba de la barbilla y le bajaba por el cuello. Después, furiosa por haber llorado, se quitó las lágrimas de un manotazo. «¡Nada de llorar ahora, hermana!», dijo en voz baja, respiró hondo, con los ojos cerrados, y cuando los abrió vio la botella.

Ya se había tomado casi la mitad cuando se dio cuenta de la ausencia del anillo. Había estado bebiendo sentada en el suelo mientras revisaba el pequeño cajón donde guardaba sus cosas. Opacado por el estrépito del agua contra el techo se oía al fondo el repugnante sonido del mar. A la luz de la vela había leído las cartas de J., las cartas que su hermano le escribió desde la cárcel, y había mirado las fotografías de su matrimonio. De repente supo que el anillo no estaba. Volcó el cajón en el piso y empezó a buscarlo, desparramando aretes, pulseras y fotografías por todas partes. Con una especie de pánico vació la ropa del baúl, bajó los libros de las estanterías, fue a la tienda y removió todo lo que podía removerse. Pero el anillo no estaba. «Me lo robaron estos hijueputas», pensó entonces. Regresó al cuarto y trató de despertar a J.

—Despertate —le dijo mientras lo zarandeaba—, estos hijueputas me robaron el anillo.

J. abrió los ojos, la miró sin verla, dijo algo incomprensible y volvió a caer como una piedra. Elena fue al cuarto de Mercedes y la encontró remendando una camisa. Gilberto había salido.

—¡El anillo! —le gritó. Y como la otra parecía no entender lo que estaba pasando, fue hasta donde ella y le examinó las manos. Mercedes, en efecto, tenía un

anillo, el suyo propio, de oro muy fino y bien trabajado —mientras el de Elena había sido un diamante mediocre engastado de manera pretenciosa, al modo de su exmarido—. Sin pedir permiso, Elena empezó a esculcar por todas partes, tirando la ropa al suelo y abriendo maletas y cajones. El niño se despertó por la bulla y empezó a llamar a la mamá desde la hamaca, pero Mercedes estaba como clavada en la silla, las manos petrificadas sobre los muslos, y no se movió.

—Que lo encuentro, lo encuentro —dijo Elena al salir, y dejó el cuarto como después de un saqueo y a Mercedes poco menos que en trance cataléptico.

Doña Rosita estaba meciéndose al lado de la mesa, oyendo radio, cuando la vio entrar, emparamada y desgredada, con la escopeta en la mano.

—¡Me devolvés el anillo! —gritó Elena.

Después de unos segundos de sorpresa la anciana, aparentemente serena, le dijo que no había necesidad de que le apuntara con la escopeta, que si quería buscar el anillo o lo que fuera, que bien pudiera hacerlo: ella, al fin y al cabo, era una vieja débil y no podía impedirselo. Y se quedó meciéndose mientras Elena metía las manos por todas partes, tumbando cosas, arrugando, quebrando, pisoteando...

Cuando salió de la casa, doña Rosita ni la miró ni se movió de donde estaba. Elena recorrió el caserío con la escopeta en la mano, insultando a la gente, esculcando casa por casa y apuntando a todo el que intentara pararla. Pero no encontró el anillo. Cuando salió del caserío, el aguacero arreció, el viento daba revolcones terribles a los árboles y se veía relampaguear por todas partes. Elena, con la linterna en la mano y la escopeta al hombro, no sentía el agua ni le prestaba atención a los relámpagos. No le hubiera importado que le cayera un rayo. Venía llorando de rabia, maldiciendo a J., a la gente y a la región entera. Llegó a la casa y empezó a beber en la tienda hasta que se quedó dormida, al lado de la escopeta, con la frente apoyada en el mostrador.

Al otro día despertó cuando J. la llevaba cargada para la cama e inmediatamente se puso a llorar. Ya él sabía lo de la noche anterior, pero no quiso preguntar nada ni hablar de eso. Le limpió las lágrimas con su propia camisa, le acarició un poco la cabeza y le dijo que durmiera otro rato.

También al día siguiente, de muy buen modo, Gilberto explicó que Mercedes ya no podía trabajar más en la casa, que si fuera por J. no se iban, pero que tal vez eran ellos precisamente los que alteraban los nervios de Elena. J. dijo que lamentaba que se fueran y les agradeció lo que habían hecho por él, pero no intentó disuadirlos, pues sabía que era imposible.

Llegaron entonces unos días interminables y tristes. En la casa se hablaba poco y el sonido de la lluvia contra el techo era constante. Elena debía ahora cocinar y mantener todo limpio, trabajos que nunca le habían chocado y sabía realizar con eficiencia. J., por su parte, trataba de permanecer fuera el mayor tiempo posible. Si bien nunca le echó en cara a Elena el asunto de la escopeta, tampoco se ocupó demasiado en subirle los ánimos, muy melancólicos después del incidente. Gilberto, en gesto de amistad hacia J., se preocupaba de dejar un buen atado de leña en el corredor todas las mañanas. Sabía que el otro iba a ampollarse las manos cortándola. En el caserío no hubo modificación alguna en la actitud hacia él. Al contrario, las olladas con cangrejos llegaban con mucha frecuencia y los recibimientos que le hacían eran tan calurosos como siempre.

Cuando se quedó sin mayordomo, la finca se enmontó considerablemente. Los caballos se llenaron de garrapatas, las lluvias pudrieron muchos semilleros —por descuido de J. en el drenaje— y los aserradores se descontrolaron aún más. Cuando J. salía para Turbo, o cuando se estaba varios días con la mujer de Juan o se emborrachaba en la finca, cosas que cada vez hacía con más frecuencia, dejaba a Gilberto a cargo de los aserradores. Sin ser brillante en el trabajo, el hombre sabía mantenerlos a raya y garantizar una calidad aceptable en la madera. Al irse Gilberto, el descontrol llegó a tal punto que una vez fue rechazado un cargamento completo por absoluta mala calidad y J. debió devolverse con él desde Turbo. Para mayor confusión, los ratos que permanecía sobrio en la finca, J. trataba de enderezar las cosas echando gente, descontando sueldos o gritando a los trabajadores. Cosa que ellos tomaban a mal, por supuesto, y en un intento amargo e infantil de desquite llegaban después casi al sabotaje en su manera de aserrar.

A pesar de su buena voluntad, a pesar de que trató siempre de no despreciarlos, la verdad es que a J. nunca terminó de gustarle esa gente. Cierta cinismo ingenuo, cierta marrulla torpe en sus relaciones con el patrón lo exasperaban. Además era un hecho que robaban cuando podían, buscaban enredar las cuentas —con él y entre ellos mismos— y hacían del desacato sistemático una cuestión no de defensa, sino de principio. Por supuesto que entre los aserradores había lo que don Eduardo llamaba «hombres justos»; pero J. los veía llegar en masa, como un bulto enemigo, y, al tener la cabeza embarullada con tanto agite alcohólico y vital, era incapaz de distinguir a los individuos del bulto y no podía hacerse, no digamos de aliados, sino de simples amigos entre ellos. Un mes después de la partida de Gilberto, y en vista de que las relaciones con los aserradores estaban llegando a un punto insostenible, J. logró disminuir la bebida y empezó a retomar el control de la finca. Al principio fue un control precario, no porque la madera no se cortara pasablemente bien y se vendiera a un precio aceptable, sino porque los hombres creían conocer a J. más de lo que él los conocía a ellos, y andaban en una especie de acecho, esperando que flaqueara para

entrar a golpear. Pero J. no flaqueó, hizo un violento esfuerzo por mantener la cabeza fría y supo imponerse. Los aserradores, para usar la frase que viene funcionando desde que la tribu humana se vio obligada a aceptar que ciertos individuos la guiaran y apabullaran, terminaron, si no queriéndolo, al menos respetándolo de nuevo.

Sin embargo, el trabajo era demasiado duro y J. no estaba dispuesto a pasarse los días sacando la mierda de las conejeras, picando caña para los caballos y remendando alambrados. Necesitaba un mayordomo. Habló con mucha gente en el caserío y en el pueblo, pero al parecer el genio de Elena se conocía en todas partes y nadie quiso aceptar el trabajo, lo que vino a aumentar el sentimiento como de carga que ella le producía —a pesar de que todavía le tenía cariño y ocasionalmente podían entenderse muy bien en la cama.

De la relación tempestuosa que habían vivido antes del incidente del anillo, pasaron a una tregua más o menos fría, más o menos amable. Como los dos estaban muy ocupados todo el día, ya ni se enteraban de los espesos aguaceros que caían a diario. Casi podría asegurarse que J. disfrutaba calándose hasta los huesos durante sus caminatas por el monte controlando los aserraderos. Sólo de vez en cuando, en algún domingo ocioso y mientras veían caer la lluvia, podían intentar conversaciones moribundas en las que ella trataba con desespero que J. tocara el tema del anillo, para llegar tal vez a una disculpa. Nunca lo logró. Él podía siempre mostrarse aparentemente cariñoso y tolerante, pero —y eso lo sentía Elena muy bien— se mantenía en realidad lejano, indiferente. Era como si le estuviera diciendo: «Si te quieres ir, listo, andate; si te quieres quedar, está bien, quedate. Lo que es a mí, me da lo mismo...». Esa actitud la sulfuraba, por supuesto, pero tal como estaban las cosas no tenía más remedio que aguantarse. O al menos eso intentó mientras pudo.

Entonces llegó Octavio.

—Te necesitan —dijo Elena.

—¿Quién?

—Un viejo. Está en el corredor.

Era por la mañana y J. estaba en la cama. Caía un aguacero suave.

—Preguntale qué quiere.

—Pregunté, dice que es con vos personalmente.

J. salió al corredor y vio a un hombre de unos sesenta años, de barba y pelo canoso cortado al rape. Vestía una camiseta ajustada que dejaba ver la musculatura firme, sin un gramo de grasa. Tenía el tic de rascarse detrás de la oreja, y cuando lo hacía el bíceps se definía, ancho y metálico, bajo la tela. Su cara era grande y dura; sus orejas y ojos, pequeños.

Dijo estar buscando trabajo; dijo también haber oído que J. necesitaba mayordomo. Hablaba con acento de campesino antioqueño. Cuando J. le preguntó que de dónde venía explicó confusamente algo que tenía que ver con cultivos de café, «por esta misma zona pero montaña adentro», y algo sobre un litigio por su tierra, perdido al parecer. Cuando quiso conocer con más precisión el asunto, el viejo repitió el mismo barullo, y J. entendió que no quería ser muy explícito. Le preguntó entonces si sabía algo sobre madera y el viejo dijo haber manejado aserraderos en Antioquia y Córdoba. No traía recomendaciones y al parecer no podía traerlas. Era persona de pocas palabras, contestaba las preguntas a medias y paraba de hablar cuando creía que el otro había entendido lo suficiente, o tal vez cuando pensaba que el otro estaba entendiendo demasiado. Dijo estar casado, tener cinco hijos y llamarse Octavio Sossa.

—Déjeme pensar la cosa, Octavio —dijo J.—. Pásese mañana por aquí y le doy la definitiva.

—Listo, don J.

Esa misma tarde hizo averiguaciones, pero al parecer nadie lo conocía. En sí mismo, eso no dejaba de ser raro. El viejo parecía haber salido de la tierra, como un cangrejo, con mujer y cinco hijos. Le preguntó a Elena su opinión y ella dijo que no le había gustado para nada. Pero esa era una opinión que ella repetía demasiado y J. no se orientó. De modo que al día siguiente, cuando llegó Octavio, todavía no sabía qué hacer. A decir verdad, a él tampoco le había gustado; tenía una mirada insolente y como turbia que le daba mala espina. Pero como la necesidad de mayordomo era grande, se encontró diciéndole que, si quería, podían ensayar una semana, para ver si se entendían.

Y el otro aceptó.

Era un magnífico trabajador. Se movía con seguridad e inteligencia y parecía saber bastante de fincas. Sin dudarle mucho, se plantó desde el principio como jefe frente a los trabajadores, criticando el trabajo con conocimiento y haciendo

sugerencias valiosas. Los aserradores se dieron cuenta rápidamente de que él sabía cómo tratarlos y conocía bien el negocio, y de inmediato le tuvieron respeto. Más tarde empezarían también a tenerle miedo.

Octavio hablaba poco y trabajaba mucho. Al final de la semana J. le dijo que estaba satisfecho con él y que trajera a su familia. Elena volvió a decirle que no le gustaba el viejo, pero él no le hizo caso. El hombre se fue y regresó tres días después con su mujer y sus cinco hijos. El mayor no tenía más de diez años.

El cambio en la casa fue inmediato —y nada bueno para Elena—. La mujer era desabrida y perezosa, mucho más que Mercedes, y los niños, metidos y bulliciosos. Como era del interior del país y no sabía cocinar la comida de la costa, empezaron a comer frijoles todos los días. Y aun los frijoles, a menos que Elena misma se metiera a la cocina —cosa que hacía con frecuencia—, le quedaban malos, muchas veces duros, muchas veces salados, algunas veces con piedras. Las arepas se le quemaban, el plátano se le carbonizaba en la paila.

—Es la mujer más tarada que he conocido en la vida —dijo Elena.

Pero aún peor que la comida eran los niños. Los grandes se metían en la tienda y sacaban dulces y leche condensada, los pequeños lloraban y defecaban en el corredor. Pequeños y grandes olían mal, cosa que a la mamá parecía importarle un bledo. Octavio los trataba con indiferencia, como a perros, y cuando le estorbaban les daba golpes brutales que los ponían a llorar horas enteras. El ambiente de la casa, entre el desorden de la mujer de Octavio y las lluvias constantes, se hizo sofocante. Pero como el resto de la finca había empezado a marchar muy bien, J. se hacía el de la vista gorda y trataba de no quejarse de la comida o de los niños, en especial frente a Elena.

Sencillamente trataba de permanecer lo menos posible en la casa.

Un mes después de haber empezado a trabajar, y sin consultar con nadie, Octavio levantó la cerca de la playa. Un día J. llegó del pueblo y vio los rollos de alambre, anchos y oxidados, bajo el corredor. Inmediatamente pensó que habría una gran pelea con Elena, pero ella no dijo una sola palabra. Él se sorprendió. No sabía que desde hacía ya muchos días no iba a bañarse al mar y la tenía absolutamente sin cuidado lo que pasara con el cerco.

Cuando J. le dijo al viejo que no le había gustado que quitara el alambre sin autorización, Octavio ni siquiera trató de disculparse. Simplemente opinó que el alambre se necesitaba más en otras partes. J. le recordó entonces que en la finca no se podía hacer nada sin su permiso: Octavio tenía atribuciones para manejar a los aserradores como quisiera, siempre y cuando se sacara buena madera y no se talara sin necesidad, pero en todo lo demás, «incluyendo ese cerco de mierda», había que consultar con él primero.

—Está bien —dijo Octavio con rabia—. Como usted ordene.

La actitud de Elena hacia el viejo fue, desde la llegada de él y hasta la partida definitiva de ella, distante y, de alguna manera poco clara, respetuosa. Trataba de no regañar a su mujer y no tener nada que ver con él directamente. Sin embargo, más de una vez le dijo a J. que haría bien en tratar de averiguar de dónde venía; ella misma intentó varias veces sonsacarle algo a la mujer, pero la otra al parecer estaba bien entrenada y sólo daba respuestas vagas e intrascendentes.

A pesar de que ya era tiempo de que empezaran a disminuir las lluvias, la cerrazón del cielo era constante y los aguaceros, violentos y largos. Elena quería irse pero le daba tristeza dejar a J. en un invierno tan oscuro. Además, con la disminución de la bebida, él se había hecho más cálido, relajando un poco la frialdad amable que adoptó después del asunto de la escopeta. Incluso llegó a invitarla a sus correrías por los aserraderos, invitaciones que ella aceptó muy pocas veces, pues no le gustaba ni meterse en esa selva emparamada, ni la manera como la miraban los trabajadores. También, y sin razón aparente, J. había dejado de visitar a sus amantes —o al menos a la mujer de Juan, única sobre la cual ella tenía certeza absoluta de que fuera su amante—. Lo que Elena no sabía era que él conocía sus ganas de irse, su decisión de irse, y no quería que sus últimos días en la finca se vieran corroídos por los celos.

En el fondo J. no estaba seguro de querer que ella se fuera. Le temía a la soledad, le temía a descubrir que la quería más de lo que pensaba o estaba dispuesto a reconocer. Sin embargo, ya se habían dañado demasiado el uno al otro, se habían ofendido en el cuerpo y en el espíritu, y en cualquier momento podían ofenderse otra vez. Y, no importaba lo que se dijeran en el momento de separarse, los dos sabían que ya no volverían a vivir juntos.

La mañana de su partida había una luz intensa por todas partes que rodeaba las cosas como si la claridad saliera de ellas mismas. Aunque se trataba sólo de una



tregua entre aguaceros grandes, J. agradeció que no lloviera ese día. Algunas nubes algodonosas flotaban sobre el mar, cerca de la costa. Por el norte, donde empezaba a acumularse en el horizonte el gris plomizo del próximo aguacero, alumbraban y se apagaban —en silencio, pues estaban aún muy lejos— los relámpagos. Elena y J., sentados en la playa, miraban hacia el sur, por donde aparecería en cualquier momento la lancha de Julito. Se habían dicho ya todo lo que tenían para decirse y ahora trataban de no pensar y se limitaban a mirar el mar. Vieron pasar una hilera de alcatraces, minúsculos, invisibles por momentos, mar adentro. Las islas al frente eran minerales en su luminosa nitidez vegetal.

—Creo que allá viene la lancha.

En el horizonte, en efecto, empezó a brillar el pequeño punto de una lancha. Con cierta tensión lo miraron crecer, tratando de determinar si era o no Julito. Cuando J. vio el reflejo amarillo del casco, ambiguo todavía, supo que era él.

—Es él —dijo.

El lancharo llegó, efusivo y sobrio, acompañado por su ayudante. Elena no tenía más que una maleta; no había querido cargar con la máquina de coser, en parte porque quería hacerse la ilusión de que la separación no sería definitiva, en parte porque no quería viajar con algo tan engorroso.

No sabía que no volvería a verla nunca.

La lancha partió, pues, y fue haciéndose cada vez más pequeña hasta desaparecer por completo en el verdor. J. se quitó las sandalias y empezó a caminar por la playa. Fue hasta la pequeña bahía donde Elena había acostumbrado bañarse y se sentó sobre un tronco a mirar el agua. No quedaba ni rastro del cerco. No había ni la más leve señal de que ella había sido envuelta y calada allí por el profundo sol del trópico. Pensó entonces en el cuadro que colgaba en su cuarto, la mujer que se ofrecía, abierta, a las olas de la playa y al sol. Pensó en la verdad que había en esas imágenes fáciles, parecida al fin de cuentas al amor que se vivía, más allá de cualquier duda, más allá de cualquier muerte individual, en la dulce letra de un bolero. Por algún motivo poco claro recordó la época en que consideraba más importante y verdadero el relamido crítico de alguna revista literaria que un chofer de taxi bañándose con su familia y con su taxi en algún río fresco y lleno de piedras. «Ahora sí solo, hermano», pensó entonces, y sintió el pequeño peso de un dolor en el estómago.

«Es la tristeza», dijo en voz baja. «Llegó. Sabía que iba a llegar».

Aquella noche no quiso dormir en la casa. Se fue para el caserío, estuvo conversando un rato con doña Rosa y después se fue para donde Gilberto y le pidió que le dejara pasar la noche con ellos. Durmió en una hamaca un sueño agitado, del que despertaba a cada momento pensando en Elena y con ganas de fumarse un cigarrillo.

Al día siguiente madrugó para la casa, donde lo recibió el infinito llanto de los niños y un desayuno grasiento que le dejó una agriera feroz. Con el esternón ardiendo se metió a la tienda, se tomó dos tabletas de Alka-Seltzer y empezó a revisar los cuadernos. Sabía que los fiados eran grandes, pero nunca pensó que habían crecido hasta tal punto. Los aserradores le estaban debiendo más de lo que él les debía; mucho más. «Parar esa vaina», pensó entonces. «No más crédito a estos berracos».

Por la tarde vio llegar a Octavio de los aserraderos, canoso, reservado, musculoso. Se tomaron algunos aguardientes en el corredor mientras discutían el problema de los fiados. O mejor: J. le explicó el problema y el viejo, en pocas palabras, le dijo que le dejara la tienda, que él sabía cómo manejar esa gente. De momento J. no supo qué decir; Octavio tampoco lo acosó por una respuesta. Siguieron tomando en silencio por un rato. Finalmente J. le entregó el cuaderno de los fiados y le dijo que se encargara de cobrar, pero que la tienda la manejaría él mismo, al menos mientras estuviera en la finca. Octavio recibió el cuaderno sin decir nada, se tomó dos tragos y fue a acostarse.

Dos días después de la partida de Elena, el cielo se cerró y otra vez empezó a llover. J. se la pasaba todo el día bajando paquetes de azúcar de las estanterías, vendiendo cigarrillos al menudeo y recibiendo billetes de olor dulce, casi deshechos por el uso y el aire del mar. Sentía la presencia de Elena por todas partes, también el alivio de su ausencia. Una vez encontró uno de sus vestidos y metió la cara en él, para buscar las huellas de su olor.

Octavio tenía una manera directa, casi violenta, de cobrar deudas. Sencillamente empezó a descontarlas directamente de lo que los aserradores iban ganando. Se supo de una discusión muy dura en uno de los aserraderos, discusión que al parecer ganó el viejo, pues una mañana se aparecieron los aserradores que tenían deudas y le rogaron a J. —no le exigieron ni lo amenazaron— que les fuera descontando la deuda en tres o cuatro tandas, pues sacándola de un solo golpe los dejaba sin con qué comer. J. prometió hablar con Octavio y ver qué podía hacerse.

El viejo puso las cosas en estos términos: si J. quería que él manejara los aserraderos tendría que dejarle las manos libres para lidiar con los aserradores. Él había entendido que tenía que cobrar las deudas, lo estaba haciendo, ya había peleado la cosa y no era cuestión de echarse para atrás; si tenía que echarse para atrás prefería irse de la finca, pues le iba a resultar muy difícil manejar al personal de ahí en adelante.

—Además esa gente no se muere de hambre fácil, don J., esté seguro —dijo al

final.

Otra vez tomó a J. de sorpresa. Y la sorpresa lo llevó a desaprovechar la última oportunidad que tuvo de deshacerse sin riesgo de aquel individuo. Por un momento estuvo considerando la posibilidad de decirle que se fuera; después pensó en lo bien que iban los aserraderos, en lo mal que él mismo estaba de plata y lo beneficioso que sería recibir de una vez lo que le adeudaban los aserradores, sobre todo teniendo en cuenta que estaba bastante endeudado con las tiendas que lo surtían.

—Hagamos una cosa, Octavio —dijo entonces—. Cobre usted las deudas que ya le di a cobrar. Los nuevos fiados los decido y cobro yo mismo. Si de las deudas suyas hay algún caso particular en el que se pueda ceder, digamos para ser pagado en tres cuotas, yo también decido. ¿Le parece?

El viejo se quedó mirándolo un rato.

—Tengo que herrar la yegua rucia —opinó entonces y se fue sin decir más.

Los días siguieron pasando, desapacibles y lentos. De vez en cuando brillaba el sol sobre el mar y los árboles, y a J. se le calentaba un poco el corazón. Después empezaban otra vez los truenos, los profundos rugidos que volvían a traer la lluvia. Buscando compañía, J. había intentado continuar con el libro y apuntó en él varios hechos, minuciosamente escuetos como siempre: que el nuevo mayordomo se debía conservar mientras apareciera alguien mejor (Gilberto se había ido a trabajar con don Carlos y estaba contento); que ya estaba hasta la coronilla del invierno; que los aserraderos estaban funcionando mejor que nunca, pero no tanto como para pagarle a Ramiro lo que se le debía; que había venido Ramiro a cobrar los intereses de la deuda, demasiado acumulados, y que J. se lo sacó de encima como pudo; que don Eduardo, «muy cansón con su Dios, pero alguien en quien definitivamente se podía confiar», le había traído cocos y piñas, y que a un aserrador lo había aporreado malamente un árbol y se lo habían tenido que llevar para Turbo. «Lo vi muy mal», terminaba. «Lo más probable es que se muera».

La soledad también lo hizo volver a beber demasiado. Tomaba en la tienda, solo, mientras leía alguno de sus libros, pesados ahora por la humedad, y oía llorar a los hijos de Octavio. Ya borracho, empezaba unas muy largas e incoherentes cartas a Elena, donde le decía con mucho detalle lo que iba a hacerle cuando pudieran volver a acostarse juntos, lo mucho que la extrañaba y lo mucho que se alegraba de que lo hubiera dejado por fin en paz. Al día siguiente las rompía sin leerlas.

Donde la mujer de Juan no había podido volver porque el hombre, vaya a saber el motivo, no volvió a viajar a ninguna parte. De tal modo que un deseo oscuro y denso empezaba a quitarle un poco el aliento cuando veía pasar por la playa a las muchachas del caserío. No tuvo, pues, más remedio que dejarle la finca a Octavio y viajar a Turbo, no tanto para llevar el cargamento de madera, cosa que el viejo hubiera podido hacer, sino para ir donde las putas. Estuvo allí con Julito, que no desaprovechaba ninguna oportunidad que le daba la vida para parrandear, y se amarró una borrachera grande en la que despilfarró casi toda la plata que había recibido por

la madera, invitando a todo el que quisiera arrimarse. Al día siguiente la continuaron en la casa de Julito, donde bebieron el día entero, ocasionalmente acompañados por algún lancharo amigo. Fue una borrachera serena y, al menos para J., un poco lúgubre.

Por la mañana arrancaron otra vez para la finca.

La primera vez que J. se quejó con Octavio del descuido de su mujer, al viejo se le ensombreció la cara, pero no dijo nada. Al parecer tampoco le dijo nada a su mujer, pues al día siguiente todo continuaba tan desordenado y sucio como siempre. La primera vez que le dijo algo a la mujer misma —que por favor tratara de que los niños no anduvieran orinando y defecando por ahí— se dio cuenta de que, además de sucia, era un poco loca.

—Ellos no tienen la culpa, señor —le contestó.

—Yo sé que ellos no tienen la culpa —dijo J.—. ¡Enséñeles a usar la letrina!

Y ella se puso a llorar.

A Elena le había escrito una carta contándole detalladamente la calidad de aseo y comida que había ahora en la casa. Con la partida de Elena la comida había empeorado aún más. Muchas veces J. devolvía el plato intacto —había encontrado una cucaracha o una chapola en los frijoles— y debía abrir una lata de sardinas para no acostarse con el estómago vacío. Y siempre tenía la sospecha de que algo de materias fecales infantiles le llegaba en cada plato. «Es sólo una sospecha, hermana, que sólo un laboratorio clínico puede confirmar. Pero, sea o no cierto, la verdad es que cada vez que me siento a la mesa el estómago se me cierra como una adormidera. Afortunadamente del caserío me llegan cositas de vez en cuando, o si no, cuando quiero comerme algo comible, me voy para donde doña Rosita y le digo de frente que me invite a almorzar».

Octavio y su mujer ya llevaban casi dos meses en la finca. El invierno por fin se había terminado y las noches eran otra vez amplias y estrelladas. En esos dos meses la mujer no había lavado la olla del café ni una sola vez. Muchas veces se oía por las noches cómo el viejo le pegaba y ella lloraba y se reía. «Salir de ellos cuando pueda», pensaba J. entonces. «O se van ellos o me tengo que ir yo».

La idea de conseguir un buen administrador y regresar a Medellín empezaba a rondarlo. A veces casi reconocía que la finca no iba para ninguna parte, que sin Elena no valía mucho la pena y que estaba cansado de la selva y del ruido del mar. Sin embargo, la perspectiva de volver a Medellín a buscar trabajo, con Ramiro o alguien como él de jefe, le ponía la carne de gallina. Pensaba vagamente en posibles negocios, cebicherías, bares, librerías, pero nada se concretaba. Eso sin contar con que estaba deudas hasta el cuello y debería pagarlas antes de pensar siquiera en conseguir la plata para el probable negocio. Tampoco lo atraía mucho volver a la vida de antes de escapar al mar, con la ya demasiado conocida y tal vez inevitable rutina de borracheras y cocaína en apartamentos desabridos o aparatoso *rock* en discotecas modernas hasta la náusea.

A veces, especialmente durante alguna resaca titilante o alguna borrachera lenta y solitaria en el corredor —le incomodaba beber con el viejo—, veía todo tan nítido y luminoso que llegaba a pensar que esa tierra ya lo había agarrado para siempre. En

una carta a una mujer que años atrás había sido su amante le decía que estaba muy solo y que a veces sentía que la cerrazón de su vida era definitiva. «Sin embargo, tengo programado seguir viviendo», continuaba. «Al fin y al cabo el mar no está tan mal y las palmeras se ven hasta bonitas».

De Elena había recibido noticias de que pensaba reunirse con uno de sus hermanos, que vivía en Venezuela. Al parecer allí las posibilidades de trabajo eran buenas y la paga para trabajadores no calificados, más decente que en Colombia. No recibió carta, sino una nota rápida —pues estaba muy ocupada con los preparativos del viaje— en la que le avisaba que se iba, le mandaba su futura dirección en Isla Margarita y le aseguraba que tan pronto se sintiera más descansada volvería a reunírsele en la finca. «Te quiero», concluía.

Pasaron otros dos meses, con cartas que iban y venían —aunque cada vez con menos frecuencia—, y J. seguía en un estado letárgico, estático, sin saber si podía irse, sin saber a dónde podía ir o para qué quedarse. Había perdido la noción de la utilidad de lo que estaba haciendo. Trataba de justificar su vida con la gratificación sensual de lo que se iba poniendo ante sus ojos, gaviotas, atardeceres arbolados, algún velero que cruzara mar adentro. Trataba de escapar, bebiendo, al inconmensurable desorden que reinaba en la casa. Todavía no lograba conseguir a nadie que reemplazara a Octavio; al parecer la gente le había cogido miedo y nadie se atrevía a tomar su puesto. Se conocieron historias sobre el hombre, nada buenas; se hablaba del asesinato de un vecino en una finca que había tenido a tres horas de Balboa; se hablaba de que el viejo había estado en la cárcel de Quibdó, donde acuchilló y fue acuchillado varias veces. Todas esas cosas se dirían, como siempre, sólo después de que ya todo hubiera pasado. Por el momento la única persona que lo previno, además de Elena, fue doña Rosa. Le dijo que tuviera cuidado con el viejo, que tenía una mirada mala.

J. le escribió una carta a un cuñado, dueño de una finca cañera en el Valle del Cauca, preguntándole si no tendría trabajo para él, tal vez administrando los cultivos.

Si la hubo, no alcanzó a recibir la respuesta.

Aquella mañana, a pesar de que había bebido por la noche, J. se levantó temprano. De pronto abrió los ojos y se encontró absolutamente despierto pensando que era hora de despachar a los aserradores, a Octavio, conseguir a alguien que cuidara la finca e irse por fin de aquella tierra. Cuando salió al corredor vio una iguana, verde esmeralda, tomando sol sobre uno de los palos del corral. «No conozco ninguna estampilla con iguana», pensó. Pensó en lo que había pensado y supo que estaba contento. El mar se veía liso como un espejo y el sonido de la ola al caer se oía espaciado, como la respiración de un animal dormido. «Una gran bestia dormida», pensó entonces. «Demasiado repetido y podrido de literario. Nada brillante el hombrecito esta mañana. Pero en fin, algo de verdad habrá en la vaina».

Estaba contento.

No quiso desayunar en la casa y se fue para el caserío, donde le dieron huevos y plátanos fritos. Había ya empezado a mirar las cosas con los ojos del que se va. Sentía nostalgia. Le gustaba el naranjal del caserío, doña Rosita, la gente; le gustaba el olor a humo de las casas y el olor a jabón de las personas. Salió a caminar un rato por el monte, tratando de evitar los aserraderos, y a mediodía, cuando cruzaba otra vez por el caserío, salió la mujer de Miguelito, uno de los hijos de doña Rosita, y lo invitó a almorzar. Almorzó, pues, con Miguelito, que era extraordinariamente tímido y amable, y después se volvió para la casa. Cuando llegó y vio la iguana en el mismo sitio, se extrañó. Más raro todavía le pareció que no escapara al acercarse. No estaba fría, había recibido sol durante todo el día y se sentía caliente. Seguramente ya estaba muerta cuando él la vio por la mañana.

A las cinco de la tarde fue hasta el árbol de mango y cogió algunos frutos verdes. Se sentó en el corredor a tomarse la última botella frente al mar. «En menos de una semana, en Medellín», pensó. «O tal vez mejor salir de una para el Valle, a ver qué me tiene aquél». Tomaba muy despacio, tratando de emborracharse con suavidad, para que no se le escapara el atardecer. Después llegó la noche, grande y con una luna creciente muy brillante que ardía sobre el mar. Con la noche llegó también Octavio, quien lo saludó y se metió a la cocina a que su mujer le sirviera la comida. Gilberto cruzó frente a la casa de vuelta del pueblo y J. le dijo que subiera un rato y se tomara unos aguardientes con él.

J. le contó que se iba y que Octavio y los aserradores también se iban. Necesitaba una persona que le estuviera dando un vistazo a la finca de vez en cuando; también quería dejarle los caballos a alguien, para que los usara y cuidara.

—Yo de todas formas tengo que estar viniendo, Gilberto —dijo—. De pronto, si me va bien por allá, puedo meterle billete a esto y arreglarlo para turismo. En fin, Octavio de todas formas se va. Si usted sabe de alguien que se le mida a vivir aquí y mantener todo más o menos derecho, no dejaremos de arreglar.

Hablaban en voz baja, los codos apoyados en las rodillas y las cabezas muy

juntas, pues no querían que el viejo los oyera.

Gilberto prometió ayudarle en lo que pudiera y se fue.

A las diez de la noche ya la luna había salido del mar y ahora brillaba sobre la selva y alumbraba la casa desde atrás. La sombra de la casa se proyectaba, mercurial, sobre el pasto al frente. La luz de la luna iluminaba la espuma de las olas, que rodaban fosforescentes e iban a estrellarse contra la playa. J. sabía que esa noche tenía que echar a Octavio. Lo oía conversar con su mujer en la cocina. Pero como el viejo se acostaba tarde —dormía poco, no más de seis horas—, J. trataba de demorar lo más posible una conversación que no iba a ser nada grata. Vio pasar las luces de un camaronero en alta mar. Oyó su lejano sonido. Vio pasar a Káiser por la playa, rumbo al caserío, y lo siguió con la vista hasta que se metió entre las sombras del monte. Ya se había tomado más de la mitad de la botella y, con los tragos, la necesidad de deshacerse por fin de Octavio y su mujer empezó a hacerse compulsiva. Sentía que lo estaban enredando, como algas, tirándolo hacia abajo y hundiéndolo en la arena turbia de algo a lo que él era ajeno por completo. Sentía rabia. Una pequeña nube, muy negra, cubrió por un momento la luna, y los matices de la noche se profundizaron en el agua. Después la nube se corrió y la oscuridad se aclaró de nuevo. Resonó un bullicio de perros en el caserío.

Conversar con Octavio no era fácil, le gustaba mantener la distancia y el aguardiente no parecía hacerle mella. De manera que grandes silencios, como pesadas lagunas, se hacían en la conversación entre trago y trago. El viejo estaba sentado, sin camisa, de espaldas al mar, en una silla apoyada contra uno de los pilares de la casa. La luz del mechero le alumbraba el pecho, peludo y canoso, y hacía brillar una cicatriz que le serpenteaba en el estómago. Alguna vez J. le preguntó por ella y el viejo dijo que era de una operación del hígado. «El viejo h. p. es de los que tienen el hígado en el estómago», pensó J. entonces y no quiso saber más del asunto. Ahora, sin querer, sus ojos se iban hacia aquella quebradura brillante en el vientre del otro. De pronto supo que tenía miedo de echarlo. Entonces sintió rabia y quiso precipitar las cosas y salir del asunto de una vez.

—Voy a vender la finca, Octavio —dijo, brusco y seco—. Necesito que ustedes me desocupen, máximo en tres días, porque tengo que entregarla.

Se tomó un trago y dejó la cosa quieta ahí, resonando como una campana. Por un rato el viejo no dijo nada. Parecía asombrado.

—Usted no va a vender la finca —dijo entonces.

J. miró las tablas del piso. Sintió que la rabia le calentaba la cara.

—Es cosa mía si la vendo o no —dijo despacio—. De todas maneras necesito que se vaya de aquí al miércoles.

—Eso es lo que pasa siempre con ustedes los ricos, le sacan a uno la leche y después lo mandan a la mierda.

—No soy rico, no estoy mandando a nadie a la mierda y no le he sacado la leche a nadie.



—Usted sabe que yo he trabajado bien.

—¡No más! —gritó J.—. No tengo por qué andar explicando lo que hago en mi propia finca.

—No hay necesidad de que me humillés.

—¡Humillés nada! Estoy hasta las tetas de usted y de su cochina mujer y de sus niños. No quiero ver más mierdas en el corredor. No quiero oír chillar más a esos buchones de mierda.

El viejo, muy pálido, se puso de pie y desafió a J. a pelear. La situación era absurda. J. pensó que el viejo había estado todo el día en el monte y debía oler a sudor. La imagen de Octavio y él rodando por el suelo agarrados del cuello le pareció insensata. Se enfrió. Se le quitó el miedo.

—No voy a pelear con nadie, Octavio. Usted tiene más fuerza que yo y me puede dar duro. Más bien vaya y empaque sus cosas. Si mañana por la mañana lo veo todavía aquí, voy por la policía y lo hago sacar a la brava.

J. se levantó, pasó por el lado del viejo sin mirarlo y bajó las escaleras del corredor.

—No sos hombre.

—Deje de hablar pendejadas —dijo J., casi con afecto—. Mejor vaya y se acuesta.

J. miró las olas que rodaban, luminosas. El trago le bajó, fresco y seco, por la garganta. Oyó la ola que se devolvía, acascabelada y dulce. Supo que Octavio había entrado a la casa. Cuando empezaba a orinar retumbó la primera explosión y sintió que se rasgaba y caía. Aturdimiento. Hormigueo en el brazo derecho. Miró su camisa y vio que se estaba llenando de sangre. «¡Dios mío!», dijo. Intentó levantarse, pero el brazo derecho no pudo sostenerlo y volvió a rodar al pasto. Se apoyó en el brazo izquierdo y logró ponerse de pie. Náusea. Cuando intentó echar a correr oyó el otro disparo y cayó de nuevo al pasto.

—Dios mío —dijo entonces—. Me mataron.

Se quedó un rato inmóvil, mirando las hojas del pasto.

Volteó la cabeza y vio a Octavio arriba, en el corredor, con la escopeta en la mano todavía echando humo.

—Eso te pasa por humillar a los pobres.

—Octavio, necesito un médico.

Pero el viejo ya se había ido. Encerró a su familia en un cuarto, con candado, y se fue para el caserío a avisar que había matado a J.

—Octavio, un médico.

Su respiración empezó a llenarse de silbidos. La mujer y los niños lloraban en el cuarto. Las ramas cruzaban la cara del viejo, que caminaba por la trocha como un loco, apuntando a la oscuridad con la escopeta.

—Un médico —dijo J.

Ya no intentaba levantarse. Sabía que no iba a poder. Miraba las olas que rodaban,

luminosas, y oía el camarero que susurraba mar adentro.

—¡Ay, Dios!

Salomón llegó y le dijo que con el invierno iba a llegar la pesca brava. Cuando abrió los ojos, Salomón se fue y las olas rodaron, luminosas. Pidió otra vez un médico. Cerró los ojos y de nuevo Salomón le dijo que con el invierno iba a llegar la pesca brava.

Fue lo último que oyó de un ser humano.

Cuando el reflujó del agua se fue, acascabelado y dulce, ya él no pudo oírlo.

Octavio regresó, seguido de las sombras de la gente —nadie se atrevía a acercársele—, y fue hasta donde él estaba, ahora inmóvil y muy blanco. Lo cargó como se carga a un niño dormido, subió con él al corredor, entró al cuarto y lo tiró a la cama. Después cogió el camino del pueblo.

Iba a entregarse.

El primer familiar que llegó a la finca fue Guillermo, dos días después. Encontró a J. sobre una mesa, morado e hinchado. Cuando lo vio comenzaron a temblarle los testículos. Doña Rosita, que había lavado el cadáver y lo había velado las dos noches, le dijo a Gilberto que le diera un aguardiente. Guillermo se lo tomó y se puso a llorar, sentado en alguna parte, con la cara entre las manos.

—Hay que enterrarlo —dijo cuando se calmó—. Se nos va a podrir.

—Don Eduardo ya le puso formol —dijo Gilberto—. Tal vez aguante hasta mañana. ¿Van a traer el ataúd?

Guillermo no lo sabía. Ya él había avisado a la familia, pero pensaba que traer un ataúd desde Medellín podía demorarse demasiado. Y él no tenía plata para traerlo de Turbo.

Al día siguiente llegó un hermano. No miró el cadáver. Muy pálido, sin una lágrima, pidió a la policía que hiciera el inventario de las cosas que todavía no se habían robado, y él personalmente las guardó en un cuarto y lo cerró con candado. Dijo que traer un ataúd desde Turbo era una tontería, y además no había tiempo.

—Lo mejor es que tratemos de hacer un cajón aquí mismo. Busque unas tablas... ¿cómo es su nombre?

—Gilberto.

—Busque unas tablas buenas, Gilberto, y hagamos el cajón aquí mismo.

Pero tablas no había. Buscaron por todas partes y no encontraron unas que sirvieran. El hermano dijo que lo mejor era desbaratar la cama para hacer el ataúd. Hizo quemar el colchón en la playa. Gilberto desbarató la cama, escogió las tablas mejores y empezó a buscar clavos para unirlas. Pero clavos tampoco había. Gilberto enderezó entonces los que había sacado de la cama y empezó a clavar el ataúd. El resultado fue un cajón grande y feo, que parecía hecho para cualquier cosa menos para meter un muerto.

Miguelito y Gilberto, mientras los demás se iban a pie, comenzaron a remar. El mar estaba en calma. Los canaletes se metían, rítmicos y musculosos, en el agua oscura. Los hombres no hablaban. El cajón con el muerto iba entre Miguelito, en la proa, y Gilberto en la popa. Pasaron a no más de diez metros de una de las islas. Cuando doblaron la pinza del golfo vieron a la gente, minúscula desde el mar, que había salido ya de la trocha y caminaba por la playa. Vararon la canoa frente al cementerio y entre todos sacaron el ataúd. El sol de mediodía hacía brillar la arena de la playa.

Y entre todos lo enterraron.

Ese mismo día al atardecer, un atardecer muy lento y matizado, Guillermo sintió una honda punzada en el estómago. Era hambre. Caminó despacio hacia el mango, tomó la pértiga que J. usaba para tumbar mangos y tumbó tres frutas maduras. Se sentó bajo el inmenso follaje, sobre la hojarasca, y empezó a comer. «Miel, miel

pura», pensaba mientras el jugo se le metía entre los pelos de la barba y le escurría por el cuello.

—Malditos tan deliciosos.

No sabe dónde está ni cuándo fue su muerte. Él está muerto. No oye la brisa rozar las ramas de los árboles, ni al mar respirar al lado suyo; no siente a los pescadores pasar frente a su tumba, dejando la huella de sus pies descalzos en la arena y un olor a tabaco en el aire. El tiempo que había antes de nacer se ha unido al tiempo infinito que sobrevino con su muerte y ha formado un solo ser, sin arribas ni abajos, antes o después. No sabe quién posee ahora su tierra. ¡Y tanto que llegó a quererla! ¿Existió? ¿Existirá la vereda alguna vez? Él no lo sabe; la extraña flor de su cerebro se ha secado y para él ya no existe la memoria. Se ha perdido para siempre en la gran cosa que está ahí y ha estado desde siempre, ser absolutamente remoto y presente, ser que es sólo agua aunque sepa florecer en amor, horror, inteligencia y deseo; agua que florece en belleza, sangre y compasión por más que permanezca siempre agua.

Y mientras sus mejillas se destejen —sus oídos se derrumban, su corazón se entrega a otros seres— el sol, el sol también fugaz, no ha dejado de brillar sobre otras vidas. Sobre los micos que saltan en las ramas. Sobre los toros que rumian sin cesar su propio peso. Sobre las gaviotas que restallan en el aire con su blanco estrépito. Sobre los hombres que comen mangos bajo el árbol.

Pero él ya no lo sabe. No puede oír el ruido de la arena que en desordenado reloj remueven los cangrejos a través y a los alrededores de su tumba. No puede oír el ruido del agua, desordenada también en su infinita mensuración de sal y espuma, cuando viene con la marea y se lleva de nuevo para el mar las arenas que su cuerpo va formando. Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni animales, ni plantas. El mar estaba en todas partes. El mar era la madre. La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria.



TOMÁS GONZÁLEZ (Medellín, Colombia, 1950). Estudió Filosofía en la Universidad Nacional de Bogotá y trabajó como barman en la discoteca «El goce pagano», que publicó su primera novela a finales de 1983. Ese mismo año partió hacia Estados Unidos y vivió tres años en Miami y dieciséis en Nueva York, donde escribió gran parte de su obra y se ganó la vida como traductor. Volvió a Colombia en 2002, y actualmente vive en Cachipay, a dos horas de Bogotá. Su obra incluye las novelas *Primero estaba el mar* (1983), *Para antes del olvido* (1987), ganadora del V Premio de Novela Plaza y Janés, *La historia de Horacio* (2000), *Los caballitos del diablo* (2003) y *Abraham entre bandidos* (2010); el libro de cuentos *El rey del Honka-Monka* (1995) y un poemario, *Manglares* (1997/2006). Cinco de sus libros han sido traducidos al alemán y *Primero estaba el mar* fue publicada en francés en 2010.